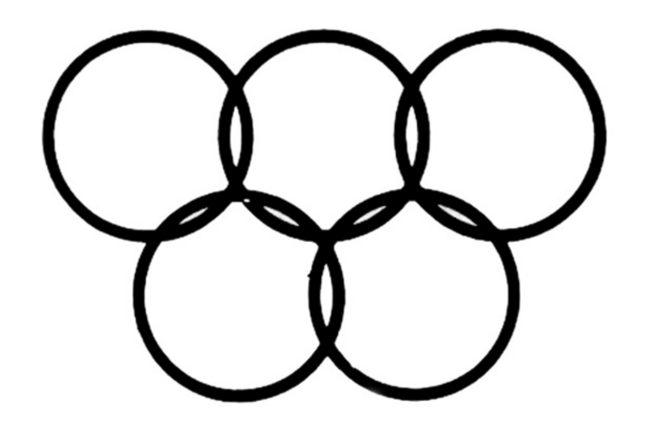


¡RIVALES EN LA DELANTERA!

Alex Simmons



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

¡ RIVALES EN LA DELANTERA !

Colección
DOBLE JUEGO n.º 19
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: 8. 19.124-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1982
2. ª edición en América: enero, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—Bueno, muchachos… me duele mucho hablar así… pero hoy nos lo vamos a jugar todo.

Los jugadores del «Wandenberg F. C», guardaron silencio.

Estaban sentados en círculo, en el suelo, alrededor de la banqueta que ocupaba Ulrich Losser, el entrenador.

—Hemos luchado como jabatos —siguió diciendo Ulrich—, sin medios, sin dinero, sin nada… y hemos conseguido llegar a esta final de aficionados de la que el vencedor se convertirá en un equipo profesional.

Movió la cabeza de un lado para otro, y aunque una sonrisa flotaba en sus labios, sus ojos estaban cargados de tristeza.

—Da pena veros, chicos… con las medias zurcidas, las botas hechas polvo y las camisetas descoloridas… ¡Cielos! Tres años de lucha desesperada, con los Bancos echando espuma por la boca. ¿Os dais cuenta de lo que significa el partido de esta tarde?

Ninguno de los jugadores pronunció una sola palabra.

¿Para qué?

Todos sabían lo que se jugaban en aquel encuentro. Y estaban nerviosos, intranquilos, viviendo por anticipado cada jugada, esperando tener un poco de suerte…

Fue como si Ulrich leyese en sus pensamientos.

—No quiero —afirmó— que ninguno de vosotros piense en la suerte. Somos muy buenos, los mejores… y creo que lo hemos demostrado.

Lanzó un suspiro.

—Ya sé que vais a decirme que los del «Lowersein», nuestros adversarios, son tan buenos como nosotros. Pero, a diferencia de lo que nos ha ocurrido en nuestras desdichadas aventuras, ellos han gozado del apoyo económico de una gran Empresa y no les han faltado medios de ninguna clase.

Se echó a reír.

—Nuestro equipo podría llevar el nombre de «Club de Fútbol

Harapientos», ¿no es verdad?

Algunas risas brotaron de los jugadores.

Bruscamente serio, Ulrich siguió diciendo, cambiando su voz de tono:

—Hay algo que quiero deciros. Según he oído, un personaje de primera importancia va a asistir al encuentro: se trata de Klaus von Dormein, el amo de los mejores establecimientos de electrodomésticos del país.

Se pasó la lengua por los labios.

—Todo el mundo habla de que el señor Dormein desea patrocinar al vencedor de esta final. Ya podéis imaginaros lo que significa eso; para nosotros, el final de las penalidades y la posibilidad de ir saltando de división hasta llegar a la primera. Con una fuerte ayuda económica, yo os garantizo que estaríamos en Primera División dentro de dos años.

El silencio pareció hacerse más denso.

—Yo… —dijo aún Ulrich—. No dudo que ganaremos. Pero no es la victoria lo que me preocupa, sino la revelación… Voy a explicarme con mayor claridad… hay que hacer de este encuentro una verdadera exhibición.

—¿Delante de los del «Lowersein»? —inquirió Mütter, el guardameta.

—Sí. Hay que saltar al terreno con una tal seguridad en nosotros mismos, que parezca que vamos a jugar con los chavales de un colegio.

—¡Qué cosas dices! —volvió a intervenir el portero.

—Estoy hablando en serio. Y ahora, pasemos a lo que deseaba deciros…

Consultó el reloj de pulsera.

—No nos queda mucho tiempo. Durante los entrenamientos, he visto que vosotros dos, Hans y Otto, hacíais juegos malabares muy interesantes. Sois los dos interiores del equipo, pero os he visto prescindir del delantero centro, acaparando el balón vosotros dos.

—¡Ha sido pura broma! —dijo Hans Stuck.

—Pues quiero que lo hagáis en serio. Los dos sois muy rápidos, tanto o más que los extremos.

—No exageres…

—No exagero. Ya sé que es verdaderamente peligroso lanzarse a

un ataque en punta, con solo dos jugadores.

—Más que peligroso —dijo Hans—, me parece suicida.

—Lo sé… pero algo me dice que sería una manera maravillosa de demostrar una superioridad de juego formidable. ¡Y es lo que necesitamos, chicos! Dejar boquiabierto al público… y muy especialmente al señor Dormein.

Otto Uwinger, el otro interior, movió pensativamente la cabeza.

—No podremos estar jugando todo el tiempo Hans y yo solos.

—Ya lo sé, pero podéis en cuanto os apoderéis del balón, hacer vuestro juego particular.

* * *

El Hamburgo había prestado su hermoso campo para aquella final de aficionados. El estadio estaba de bote en bote.

Después de haber estrechado la mano de los dos capitanes, el árbitro tiró la moneda al aire, acertando el del «Lowersein» quien escogió el lado derecho, tocando sacar al Wandenberg.

Los cinco primeros minutos fueron de simple tanteo. Los espectadores se percataron de que había muchos nervios en ambos equipos. Algunos pitidos de impaciencia brotaron de las graderías.

Fue entonces cuando, tras recoger un pase del defensa, Müller, el medio centro, pasó a Hans.

Hans salió disparado como una flecha, sorteando a dos adversarios, pasando la línea del medio campo, que también atravesó, en solitario, Otto Uwinger.

Nadie podía imaginar que dos jugadores solos pudieran hacer algo contra los cinco del equipo contrario que formaban una barrera ante la puerta.

Hans burló a un nuevo adversario.

Consciente del peligro, los extremos del «Lowersein» bajaron para contribuir a la defensa de su meta.

Hans cedió, en largo, a Otto.

Uwinger dribló a un contrario, hizo ademán de pasar a Hans, pero se lanzó como una exhalación hacia el área del «Lowersein».

Dos defensas se precipitaron sobre él.

Otto cedió en corto a Hans, quien le devolvió el esférico. Otto se corrió hacia la derecha, pero deteniéndose boleó sobre Hans, quien

paró el balón con el pecho.

Ahora había seis jugadores del «Lowersein» defendiendo su área.

Pero, lo verdaderamente extraordinario, era que ninguno del «Wandenberg», excepto los dos interiores, había sobrepasado la línea del medio campo.

El público contuvo el aliento.

Cuando tres jugadores contrarios, visiblemente furiosos, se precipitaron sobre Hans, dispuestos a arrancarle el esférico como fuera, incluso cometiendo falta, Stuck elevó el balón y pasó de cabeza, con matemática precisión, a los pies de Otto.

Uwinger no dudó un solo segundo.

De bote pronto, disparó un «chupinazo» de puntera, sin dar tiempo al guardameta contrario a esbozar el menor gesto.

La pelota se estrelló en las mallas.

¡¡¡GOL!!!

El público gritaba, entusiasmado aún por lo que acababa de ver.

Desde el foso, el entrenador del «Lowersein» hizo un gesto, llamando al capitán del equipo.

—¡Pegaos a esos dos mastuerzos! «Teuffel!»[1].

Rabiosos, los del «Lowersein», desde el momento del saque, impulsaron la pelota hacia la portería contraria.

Su delantero centro pasó la barrera de dos contrarios, chutando con violencia tremenda desde más de treinta metros.

Mütter consiguió devolver de puños, pero perdió el equilibrio cayendo al suelo. Por desgracia, el balón fue a parar a los pies del extremo contrario quien, sin vacilar, lanzó una bolea que estaba destinada a penetrar bajo las cepas.

Las bocas de los espectadores se abrieron para lanzar un nuevo grito de gol.

Pero, en el último instante, con el portero batido y nadie en la puerta, Hans se lanzó en plancha, desviando el esférico que salió por la línea de córner.

La ovación fue de campeonato.

Mientras se tiraba desde la esquina, Otto y Hans se alejaron hacia la mitad de su propio terreno.

Remató de cabeza uno del «Lowersein», bloqueó Mütter quien, sin perder un segundo, lanzó con la mano hacia Hans.

Y de nuevo, la formidable pareja corrió como dos saetas hacia la

portería contraria. El público se puso en pie.

Hans y Otto, como si estuviesen en un entrenamiento, se pasaban la pelota sin dejar de avanzar hacia el área del «Lowersein».

Corriendo como desesperados, los jugadores que habían deseado rematar el córner, volaban ahora con la intención de alcanzar a los dos contrarios.

Un defensa corrió hacia Hans y el otro hacia Otto, pero fue como si intentasen la luna. Hans hizo una finta, engañó a su adversario, pasó la línea de *penalty*. El portero se abalanzó hacia él con la furia de un tren expreso, arrojándose a sus pies.

En el último instante, Hans alzó el balón, enviándolo de cabeza a Otto, y este, despacio, sonriente, fue avanzando hasta la mismísima portería en la que penetró, después de empujar blandamente el esférico.

¡¡¡GOL!!!

El campo se llenó de rugidos, de gritos, de aplausos.

Una sonrisa iluminó el rostro de Ulrich Losser que, en el foso, se sentía el más feliz de los hombres.

* * *

Franz Alter, el secretario de Von Dormein se volvió hacia el comerciante.

—¿Qué le parece, señor?

—¡Extraordinario! Pero falta mucho partido, Franz. La reacción del «Lowersein» no tardará en producirse.

Atacaba ahora, con una verdadera furia, el «Lowersein», encajonando a los contrarios en su propio campo.

La presión era tremenda.

Dos disparos chocaron en los largueros. Mütter se las veía y se las deseaba, moviéndose como una lagartija bajo los palos.

Hans y Otto estaban estrechamente vigilados por sendos contrarios, y aunque se mantenían un poco retirados de su área, sabían que iba a ser muy difícil poder repetir la doble hazaña que habían realizado antes.

De repente, el pito del árbitro sonó en el campo como un toque a rebato.

—¡*Penalty*!

Uno de los defensas del «Wandenberg» había tocado el balón con la mano. Hans se acercó a Otto.

—¡Vaya mala suerte! —dijo Stuck—. Creía que íbamos a mantener el cero… de los otros.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Escucha. Cuando saquemos de centro, vamos a hacer intervenir al delantero centro. Anda, ve y díselo…

El árbitro se colocó junto a la portería, con el pito en la boca, dispuesto a dar la señal fatal.

Inmóvil, bajo los palos, Mütter tenía los ojos húmedos. Después de lo que habían conseguido sus dos compañeros, se mordía los labios de rabia ante aquella fatalidad. Sonó un estridente pitido.

El delantero encargado de realizar la falta corrió hacia el balón, moviendo el cuerpo para engañar al guardameta contrario.

—¡Ayúdame, Dios mío! —dijo Mütter lanzándose, a todo azar, hacia la derecha.

Estuvo a punto de gritar de alegría cuando sus manos enguantadas apretaron con fuerza el balón.

Cayó al suelo y levantándose, dio una patada colosal al esférico, lanzándolo hacia medio campo.

El rugido del público fue indescriptible.

Sin perder tiempo, Hans corrió hacia el esférico, aunque llegó tarde, puesto que un contrario se le había adelantado. Metió la bota, con rabia pero sin maldad, consiguiendo llevarse la pelota.

Vio, casi enseguida, a los dos jugadores encargados de marcarle. Sabía que le arrancarían el balón, fuera como fuera.

Pero sonrió al ver a Kramer, el delantero centro, que se adelantaba velozmente. Le cedió el balón, en un hermoso pase largo, perfecto, matemático.

Kramer echó a correr hacia la portería.

No tenía ante él más que a uno de los defensas. Viendo el peligro que se cernía sobre su meta, los encargados de marcar a los dos interiores, se lanzaron hacia aquel loco que estaba a punto de llegar al área.

Sin volverse, Kramer adivinó el peligro que se le echaba encima.

Entonces, cuando el defensa se plantaba ante él, Kramer pegó al balón con el tacón, echando la pelota hacia atrás.

Lo hizo en diagonal, para evitar que los que le perseguían tocasen el balón, y este fue, no muy deprisa, hacia las botas de Otto que avanzaba como una exhalación y que empalmó, sin detenerse, clavando el esférico en las mallas.

¡¡¡GOL!!!

El árbitro pitó el final del primer tiempo.

* * *

En los vestuarios, el viejo Losser lloraba de alegría. Se encontraba solo, ya que los muchachos estaban bajo las duchas, y por eso, seguramente, se permitía dar curso libre a su gozo, a su emoción… y a sus lágrimas.

—¿Señor Losser?

Se limpió velozmente, antes de volverse:

Un hombre joven, impecablemente vestido, estaba en la puerta, sonriente.

—Me llamo Franz Alten —dijo el recién llegado— y trabajo para Von Dormein.

—¡Ah!

—No puedo adelantarle nada —dijo el otro—, pero si la segunda parte se parece a la primera, el señor Dormein le esperará, a las nueve en punto, en el Hotel Hindenburg, *suite* 101.

—Perfectamente.

La sonrisa se amplió en los labios de Franz.

—Le felicito por la actuación de su equipo, señor Losser… y espero, francamente, que el segundo tiempo será como el primero.

—Gracias de nuevo.

Se fue el visitante, y Ulrich tuvo que apoyarse en la mesa de masaje. Le temblaban las piernas.

* * *

A los cinco minutos del segundo tiempo, de un disparo desde el ángulo del área, Wollinsky, el extremo derecho del «Lowersein, batió la meta defendida por Mütter.

¡¡¡GOL!!!

Diez minutos más tarde, a un paso del delantero centro,

rematado de cabeza por el interior derecha; el «Lowersein» conseguía su segundo tanto.

¡¡¡GOL!!!

En el foso, Losser bajó la cabeza, al tiempo que una gran congoja le invadía.

Desde el mismo instante en que había empezado la segunda parte, se dio cuenta de que el entrenador del «Lowersein» no era de los que se chupaba el dedo.

Dos hombres se habían convertido en «las sombras» de Hans y Otto, no separándose de ellos en ningún momento. Neutralizando así a los dos formidables delanteros del «Wandenberg», el entrenador del otro equipo se había podido permitir el lujo de lanzar cinco hombre en punta, dominando con facilidad las defensas enemigas.

Ulrich estaba anonadado.

Al recordar la corta visita que había recibido en los vestuarios, Ulrich cerró los ojos, alegrándose de no haberlo comunicado a sus muchachos.

El pitido del árbitro, ordenando el saque el saque de centro, arrancó a Ulrich de sus tristes pensamientos.

Sus magníficas ilusiones se habían venido ruidosamente abajo.

Poco importaba que el tanteo se mantuviese en el 3-2 que marcaba el tablón; incluso ganando, cosa que empezaba a dudar seriamente, su equipo no era ya el que despertó el delirante entusiasmo del público.

Y especialmente del señor Von Dormein.

Ni siquiera sentía ánimos para seguir el juego. ¿Cómo había cometido el error de soñar?

El destino del «Wandenberg» era, por lo visto, continuar en la grupa de aficionados.

«Quizá el año que viene —pensó—, tendremos un poquitín más de suerte». Mientras salía la pelota fuera, por un lateral, Otto se acercó a Hans.

—¿Lo han entendido? —preguntó.

—Sí —repuso Stuck—. Solo esperan tu señal.

Uwinger asintió con la cabeza.

—Voy a darle enseguida. La primera bolsa será esa señal que esperan. Se lo has dicho así, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Has visto al viejo en el foso?

—¡Está hecho polvo!

—Pronto le animaremos… ¡Tenemos que dar una lección a estos del «Lowersein»… que no olvidarán en mucho tiempo!

Sacó un contrario, echando la pelota a los pies del delantero centro del «Lowersein». Rápido como una ardilla, Otto le quitó el balón y perseguido por el otro, lanzó el esférico en una bolea alta, cambiando el juego hacia el otro lado del campo.

Tersein, del «Wandenberg», recibió la pelota, lanzándola en una nueva bolea hacia Hans.

El rumor del público hizo que Ulrich alzase la cabeza.

El espectáculo que se le ofreció a los ojos le hizo parpadear.

—¡Se han vuelto locos! —murmuró.

Sin perder una sola vez el balón, sus muchachos no hacían más que ejecutar boleas, pasándose por alto con una precisión formidable, sin permitir, ni una sola vez, que los adversarios tocasen la pelota.

Llenos de rabia, los del «Lowersein» iban de un lado para otro, corriendo como desesperados, saltando para intentar detener el balón con la cabeza.

No había nada que hacer.

El dominio del esférico era indiscutible. Más que un partido de fútbol, parecía aquello una lección de habilidad, de precisión y de finura en los pases.

Después de ovacionar aquel dominio, el público empezó a reírse de los del «Lowersein», que seguían moviéndose sobre el césped como muñecos enloquecidos.

Hasta que Hans, recibiendo una bolea de uno de sus defensas, disparó, de bote pronto, sorprendiendo al meta contrario, al que batió limpiamente.

¡¡¡GOL»!

Iniciado el juego y en cuanto uno del «Wandenberg» se apoderó del esférico, tornó este a viajar por los aires, repitiéndose la fase anterior de bolea tras bolea.

Esta vez, desde casi el ángulo, con un tiro impresionante, Otto consiguió el quinto gol.

A partir de aquel instante, el «Lowersein» se hundió por

completo. Dueños absolutos del campo, los del «Wandenberg» consiguieron dos tantos más, y cuando se pitó el final del encuentro, el marcador señalaba una aplastante victoria de siete a dos.

En el foso, Ulrich Losser lloraba de alegría.

CAPÍTULO II

Con el apoyo de la firma «Dormein», los vaticinios de Ulrich Losser resultaron exactos: dos temporadas después, el «Wandenberg» pasaba a la primera división.

La fama de aquellos dos arietes de la delantera: Hans Stuck y Otto Uwinger se hicieron legendarias. Allí donde jugaba el equipo, la gente hacía interminables colas por conseguir una entrada.

Y cada vez, en el curso de aquellos dos años, ni una sola vez dejó la formidable pareja de hacer una verdadera exhibición, creando el desconcierto en los contrarios y consiguiendo magníficos tantos.

Todo había cambiado para los jugadores del «Wandenberg».

Ahora, además de estar dotados de todo lo necesario, y aún de más, poseían un campo, en los alrededores de Hamburgo, que había ido ampliándose progresivamente, a medida que el equipo ascendía.

Había habido algunos cambios, ya que Ulrich consiguió hacer algunas adquisiciones. Finalmente, al empezar la lucha de la Liga en primera división, el «Wandenberg F.C.», sin contar a los suplentes, poseía la siguiente alineación:

Mütter
Lorez Kramer Treum
Meik Olsen
Werner Hans Lukas Otto Volasky

Ulrich estaba encantado con el nuevo equipo, tanto como un chico con zapatos nuevos. Esperaba ansiosamente el primer partido de liga, contra el Múnich y en el campo de este.

Tres días antes del partido, el señor Von Dormein le convocó, y Losser se presentó en el gigantesco despacho directoral del importante hombre de negocios.

Klaus parecía tan contento como el entrenador. Antes de pasar al objeto de la convocatoria, Von Dreimer mostró a Ulrich los planos

de las nuevas ampliaciones que se estaban haciendo en el campo del «Wandenberg» y que iba a hacer de aquel estadio uno de los más hermosos de la República Federal Alemana.

—¡Es maravilloso! —exclamó Ulrich lleno de legítimo orgullo. Klaus enrolló el plano, mirando luego con fijeza a Losser.

—Necesitamos ganar este campeonato —dijo.

—¿Y quién duda que vayamos a ganarlo?

—Es necesario. Mi deseo es que nuestro equipo participe en los Campeonatos de Europa, el año que viene… y dentro de dos en los Mundiales.

—Así será, señor Dormein.

Klaus se acarició pensativamente el mentón.

—Voy a explicarme mejor Losser… no quiero fallos. Conozco la naturaleza humana, sé la importancia que el dinero tiene para cualquier hombre.

Ulrich frunció el ceño.

—Temo que no comprendo, señor…

—Es muy sencillo. Sé que nuestros chicos viven bien. Cada uno de ellos, en estos dos años, ha podido comprarse una casa y un coche. Cuatro de ellos se han casado… ganan un buen sueldo y están contentos.

—De eso no hay la menor duda.

—Gracias al equipo, lo reconozco, he tenido muchos beneficios, aunque no es el dinero lo que más me importa, sino el ser el mecenas de un equipo tan excelente.

—Todos le estamos muy agradecidos.

Había algo en el aire que hizo que Ulrich se sintiese intranquilo, incómodo, y se movió en el sillón como si algo le molestase.

—Durante la Liga —dijo finalmente Klaus—, voy a establecer el sistema de primas.

—No entiendo…

—Sí. Voy a dar una fuerte suma a cada jugador por partido ganado en casa, una mayor por una victoria en campo contrario… y una prima especial, de 5.000 marcos, por gol conseguido.

Ulrich torció el gesto.

—¿Lo cree necesario, señor?

—¿Usted no?

—Verá… desde que empecé a jugar con los chicos; es decir, a

entrenarles, cuando apenas teníamos botas y camisetas, les metí en la cabeza la idea de que el fútbol, incluso el profesional, debe poseer una limpieza impoluta.

—Entiendo.

—Esa sana deportividad ha hecho de los miembros del equipo una gran familia de compañeros, de amigos… más aún, de hermanos. No hay envidia ni celos ni nada que enturbie unas relaciones verdaderamente estupendas.

—Nada de eso se verá afectado por la concesión de primas.

Ulrich vio en los ojos del otro una decisión que ninguna crítica podía demoler. Asintió tristemente con la cabeza.

—Usted manda, señor.

—No es el que yo mande, sino que deseo estar tranquilo… Todo irá maravillosamente bien. Ya lo verá usted, Losser.

Ulrich no estaba seguro de ello.

Y cuando abandonó el colosal edificio de la Compañía Dormein, se sintió bruscamente envejecido, cansado, defraudado… era como si temiera que algo nuevo, siniestro, iba a echar a rodar todo lo que tanto trabajo le había costado.

* * *

—¡Estupendo!

—¡Maravilloso!

—¡Colosal!

—¿Os dais cuenta, muchachos? Una prima por partido ganado y una especial por gol conseguido…

Todos hacían planes, pensaban en las cosas que podrían adquirir con aquel dinero extra. Y Mütter, el portero, siempre de buen humor:

—No os extrañe que, de vez en cuando, salga torciendo para meter un gol.

Todos rieron.

A Ulrich le encantó que sus muchachos reaccionasen de aquella divertida manera.

Solo Hans estaba más serio que los demás, y el entrenador, aprovechando el jolgorio general, lo llamó aparte.

—¿Te ocurre algo, Stuck?

—¿A mí?

—No pareces contento con lo de las primas.

—¡Al contrario! No puede usted imaginarse lo que me alegra esa medida.

—¿De veras?

—Sí.

—Mejor. ¿Cómo va Klara?

—¿Mi mujer? ¡Estupendamente bien!

—Me alegro. Es curioso que tengamos una delantera de casados: Werner, Lukas, Otto y tú. El único soltero de la delantera es Volasky.

—¡Y los demás! Pero no se preocupe… ¡tendremos muy pronto un montón de bodas!

* * *

En aquella sala de espera, del gran Hospital de Hamburgo, Hans hubiese deseado poder fumar, ya que de haberlo podido hacer, hubiera consumido un paquete de cigarrillos.

Paseaba como un león enjaulado por la aséptica sala, dando muestras de visible preocupación.

No había dicho nada a nadie.

Personalmente, estaba muy contento, ya que el primer partido de aquella famosa liga había sido ganado con facilidad por el «Wandenberg». De los tres goles marcados al adversario. Hans había ejecutado un tiro magnífico que levantó a los espectadores de sus asientos.

No era ahora la preocupación deportiva lo que hacía que el ceño estuviera fruncido y su frente plisada, atravesada por hondas arrugas, era Klara, su esposa.

Una falsa alarma de embarazo, dos meses antes, había hecho que la pareja fuese a la clínica de un famoso ginecólogo de la ciudad de Hamburgo. El examen había sido negativo en cuanto al embarazo pero el médico, que observó atentamente los senos de Klara, descubrió en el derecho una nudosidad que le incitó a decir a Hans que llevara a su mujer para que le hicieran un reconocimiento médico más profundo en el Hospital Central, en el servicio de Oncología, que dirigía el doctor Runter, y ahora, en aquella salita,

Hans estaba pasando los momentos más amargos de su vida.

Hubiera preferido mil veces encontrarse en el campo de fútbol, ante un enemigo peligroso, luchando incluso en desventaja, en vez de hallarse en este lugar, tan extraño para él como si se encontrara en otro planeta, sabiendo que en aquel momento su esposa estaba siendo sometida a una examen radiológico profundo, del que iba a depender, con toda seguridad, la felicidad de la pareja.

Hans había preferido no decir nada a nadie.

La felicidad de los demás, la alegría del grupo de jugadores que formaban el equipo parecía no permitirle que amargase el gozo de ninguno de ellos.

Al oír que la puerta se abría tras él, Hans se inmovilizó, dando la vuelta inmediatamente para encontrarse en frente al profesor Runter, al que acompañaba uno de sus ayudantes.

Runter era un hombre alto, delgado, de rostro serio, con cejas hirsutas, con ojos profundamente oscuros, lo que contrastaba con un pelo casi completamente blanco.

Miró con simpatía al jugador, acercándose a él, para invitarle a que ocupara uno de los asientos del tresillo que estaba situado en uno de los ángulos de la sala. Una vez instalados los tres hombres, Runter se acarició pensativamente las cejas antes de decir:

—No podremos proporcionarle a usted un diagnóstico exacto hasta que no hayamos obtenido el resultado de la biopsia que hemos practicado a su esposa.

—¿Una biopsia?

—Sí. Se trata de tomar un pequeño trozo del tejido mamario para examinarlo al microscopio y ver si existen elementos anormales entre las células que normalmente se encuentran en esa parte del cuerpo.

A Hans se le atragantó la saliva que tenía en la garganta.

Tardó unos instantes en recobrar su sangre fría y, apretando las manos en las rodillas para evitar que los otros dos vieran que le temblaban, preguntó:

—¿Usted cree, doctor, en la existencia de un tumor?

—Ya le he dicho, amigo mío, que no podemos llegar a un diagnóstico serio sin haber examinado esa porción de tejido que hemos extraído de la mama de su esposa —dijo tras un leve encogimiento de hombros—. Lo mejor, en estas ocasiones, es

permanecer tranquilo, en espera de los resultados del laboratorio.

Y tras una corta pausa, ampliando la sonrisa que flotaba en los labios, Runter dijo:

—Y más aún, en su caso, amigo Hans, concéntrese en su trabajo, en el próximo partido y en los entrenamientos. No se preocupe en absoluto, que le informaré a su debido tiempo y si Dios quiere, lo de su esposa no será nada grave.

Hans no era un cobarde y hubiera dado su vida en aquel mismo instante porque Klara no padeciera el mal cuyo nombre ni siquiera se atrevía a pronunciar. Pero tampoco era un hombre de los que se callan las preguntas importantes, y por eso la hizo:

—¿Y si fuera un cáncer?

La pregunta, directa y franca, sorprendió al doctor Runter. Su rostro se ensombreció y, tras unos instantes de silencio, dijo:

—Si tal fuera el caso —suspiró—, tendríamos que enfrentarnos valientemente con el problema. Su esposa Klara es muy joven y está muy fuerte. Goza de una salud excelente y no creo que tuviéramos graves dificultades en detener el mal e impedir que el tumor se extendiera por el resto del cuerpo. En caso de un diagnóstico positivo de un tumor maligno, nos veríamos obligados a someterla a un tratamiento con la bomba de cobalto.

Hizo una nueva pausa y, con voz pausada, agregó:

—Lo único verdaderamente preocupante, en ese caso, es el alto precio de las sesiones.

—¡Eso es lo que menos me importa! —exclamó Hans—. Si no tuviese el dinero suficiente, lo buscaría en cualquier parte.

—¡Lo comprendo! —dijo el doctor Runter.

Minutos más tarde del abrazo de Klara, Hans abandonaba el Hospital de Hamburgo.

En el mismo momento en que Klara se había reunido con él, Hans modificó por entero la expresión de su rostro, que volvió a ser la de siempre, jovial y alegre. Tras subir en el coche, se volvió hacia ella, y con una amplia sonrisa en los labios.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que no tienes nada. Un simple nódulo fibroso o algo así, ya sabes que no entiendo nada de medicina, pero la palabra fibroso, que ha pronunciado el doctor Runter, se me ha quedado en la

cabeza.

—Me alegro, cariño.

—Y ahora para celebrar esta gran alegría —prosiguió diciendo él —, vamos a ir a almorzar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad y luego, si te parece, iremos al teatro, al cine o a bailar, adonde quieras.

Ella se acercó a él, besándole tiernamente en la mejilla.

CAPÍTULO III

—¡*Penalty*!

Empezaba mal el partido contra el «Hannover».

En una jugada desgraciada, Kramer, el defensa central, se había visto obligado a detener el balón con el codo, en vista del inminente gol que se estaba preparando.

El público, que esperaba el desarrollo del maravilloso juego al que le tenía acostumbrado el «Wandenberg», emitió algunos silbidos, se colocaron algunos jugadores en semicírculo, tras el área pequeña, esperando el silbato del árbitro que iba a decidir el disparo del delantero contrario que ejecutaría la falta.

El *penalty* se tradujo en un imparable gol.

Mütter, que se había lanzado valientemente hacia la cepa izquierda, fue completamente engañado por el delantero contrario, y el balón penetró, a ras del suelo, por la cepa contraria.

No desanimó el 1 a 0 a los muchachos del «Wandenberg». En cuanto el balón volvió a ponerse en movimiento, tras el saque de centro, Lukas pasó hacia atrás, a Olsen, quien proyectó, en una formidable bolea el esférico hasta los pies de Werner. El extremo salió corriendo a lo largo de la línea, perseguido por dos jugadores contrarios. En el último instante, pasó a Hans que, a su vez, cedió a Lukas que prosiguió el avance hacia la portería contraria.

Entonces se volvió a iniciar un verdadero malabarismo entre los componentes de la delantera del «Wandenberg».

Werner pasó a Hans, Hans pasó a Lukas, este cedió a Otto y finalmente fue Volasky, el extremo opuesto, quien centró sobre la puerta.

Fue en aquellos momentos decisivos cuando el cerebro de Hans, que tenía que haber estado únicamente concentrado en la jugada, pareció volver a oír las palabras del doctor Runter.

«Lo verdaderamente preocupante es lo que costará el tratamiento». Hans frunció el ceño.

Tenía que ahorrar dinero. Fuera como fuera. Y allí tenía la

oportunidad de ganar los cinco mil marcos que el señor Dormein pagaba por cada gol conseguido. Por eso, en vez de ceder a Werner, que estaba en una magnífica posición para chutar, Hans siguió avanzando, sorteó al defensa y disparó de forma imparable, batiendo al portero del «Hannover».

En el foso, Losser frunció el ceño.

Nada extraordinario había ocurrido en el primer partido, tras haberse instaurado aquel procedimiento de «primas». Ulrich, que había tenido mucho miedo, como si adivinara que las cosas iban a cambiar por culpa de aquel dinero, pasó un primer partido, contra el «Múnich» verdaderamente preocupado; pero, al terminar el encuentro, sonrió satisfecho, al percatarse de que se había equivocado, ya que sus muchachos hacían caso omiso de las primas por gol, cediéndose el balón y procurando hacer un juego limpio permitiendo al que estaba mejor situado en la delantera, que ejecutara el tiro mortal, pero ahora, se había percatado perfectamente de la maniobra de Hans.

Volvió a ponerse el esférico en movimiento.

Tras un corto avance del «Hannover», que obligó a Mütter a despejar de puños, Lorez, el defensa derecho, proyectó el balón hacia delante, colocándolo matemáticamente en los pies de Otto. Este cedió a Volasky, que corriendo como una gacela fue avanzando hacia el campo contrario. Amenazado por dos enemigos, tuvo que ceder por alto a Lukas que, a su vez pasó a Hans. Otra vez, como si se repitiera exactamente la jugada anterior, Werner, evitando el fuera de juego, se había situado en un sitio privilegiado para el disparo, pero Hans no le cedió la pelota. Salvó la embestida de un contrario, se movió ferozmente hacia la derecha y, sin pensarlo, disparó bajo, rasante, con toda la fuerza y la rabia que llevaba dentro, batiendo con facilidad al portero contrario.

Era el segundo gol que había conseguido.

El público estaba entusiasmado. Werner estaba un poco extrañado.

Pero, ni siquiera le pasó por la cabeza que Hans hubiera obrado mal en aquellas dos ocasiones. Había tanta hermandad en la magnífica delantera de «Wandenberg», que ninguno de los miembros podía pensar mal de otros.

Solo los ojos agudos, la mirada penetrante de Ulrich Losser,

permitió que el entrenador del «Wandenberg» se percatara de que algo extraño estaba sucediendo.

Exactamente lo que había estado temiendo.

Casi no hizo caso del desarrollo del partido, concentrando toda su atención en Hans, observándole con una atención reconcentrada.

Dos tantos más, en el primer tiempo, fueron obra de Hans, igualmente, quien parecía haberse convertido en el dueño absoluto del esférico.

La primera parte del segundo tiempo tuvo un aspecto adverso y el «Hannover» marcó dos goles casi uno detrás de otro. Pero el «Wandenberg» reaccionó enseguida y esta vez, por obra de Volasky, en una jugada personalísima, consiguió un nuevo gol.

Nadie en el campo, excepto Losser, observó que Hans, en el último instante, cuando Volasky iba a chutar, corrió hacia él pidiéndole la pelota.

Era algo completamente absurdo, puesto que la posición del extremo izquierdo era verdaderamente fantástica y la petición de Hans carecía de toda lógica.

«¿Qué demonios le está ocurriendo a ese muchacho?», se preguntó el entrenador. Cuando el partido concluyó, con una clara victoria del «Wandenberg», Losser intentó hacer hablar a Hans, pero no consiguió nada puesto que nada más salir de la ducha, el delantero del equipo se vistió y desapareció a una velocidad inusitada.

* * *

Otto entró en su casa tan sonriente como siempre. Había alquilado un magnífico apartamento en una de las zonas residenciales de Hamburgo, viviendo como nunca lo había hecho.

La sirvienta, que le había abierto la puerta, le dijo que su esposa estaba en la salita y hacia allá se dirigió Otto, contento de volver a encontrarse con la mujer a la que amaba profundamente.

Erika era una mujer alta, esbelta, elegantemente vestida, con una larga cabellera rubia que le llegaba más allá de los hombros.

Cuando entró su esposo, se volvió hacia él, y la mirada que había en sus ojos no gustó nada a Otto quien un tanto preocupado se acercó a su mujer para besarla como era su costumbre.

Se sentó junto a ella dejando que se le viera en la mirada su preocupación.

—¿Te ocurre algo, querida?

—He estado siguiendo el partido en la televisión —dijo ella—. Ha sido una victoria muy merecida.

—Somos invencibles —rio él.

—Hans ha sido el verdadero héroe de la jornada.

—Así es. Es un muchacho formidable. Un jugador de primera categoría.

—Y un hombre… demasiado listo… a tu lado.

Otto frunció el ceño.

—¿Qué estás insinuando?

—Que se ha llevado un buen puñado de marcos.

—Es natural. Ha sido él quien ha marcado casi todos los goles.

—¿Y tú no has podido hacer nada?

—No he estado casi nunca en posición de tiro.

—Mientes.

La brutalidad de aquella palabra hizo que Otto frunciera el ceño. Fijándose en su esposa se percató de la adusta expresión que enarbolaba su rostro. Una especie de luz colérica brillaba en los ojos de la mujer.

—¿Pero puede saberse lo que te ocurre?

—¿Qué quieres que me pase? —repuso ella—. Me parecía haberte dicho que deseaba ampliar el salón, tirando aquel tabique para hacerlo casi el doble. Dentro de poco, tendremos que recibir a mucha gente importante, y no quiero que el piso parezca una casa miserable, te lo había dicho, ¿verdad?

—Sí.

—Pues me has hecho muy poco caso.

—¿Qué quieres decir?

—¡Pareces tonto! Creo que discutimos este asunto, la otra noche. Te dije que las obras y el cambio de mobiliario costarían unos treinta y cinco mil marcos, y estabas tan entusiasmado como yo con ese salón grande que hará nuestra casa verdaderamente maravillosa.

—Creí que no era algo que corriera tanta prisa.

—¡Pues claro que corre prisa! Sabes que empezamos a relacionarnos con gente de la primera categoría en Hamburgo, ¿o

quieres que hagamos el ridículo? Yo no estoy dispuesta a hacerlo, sobre todo cuando sé que mi marido puede meter tantos goles como ese Hans o más.

Otto intentaba comprender a su esposa.

Tenían suficiente dinero para empezar las obras e ir pagándolas poco a poco. El que Erika se convirtiera, de repente, en una mujer exigente, le hacía daño. Otto era un muchacho de origen casi humilde, que se consideraba ahora como un verdadero potentado. Ganaba mucho dinero, tenía un piso magnífico y un automóvil último modelo. A su esposa no le faltaban vestidos ni joyas. Tenía todo lo que un hombre puede desear para ser totalmente feliz y, sin embargo…

Ella le miró con fijeza.

—¿Me quieres de verdad?

—¡Qué cosas dices!

—Hablo en serio, Otto. Tienes que demostrarme que tu cariño es tan cierto como yo creo. Sabes muy bien que no quiero hacer el ridículo con mis amigos. Eres, aunque no lo creas, un hombre muy importante y yo soy la esposa de ese hombre. A menos que quieras demostrarme que me quieres mucho menos de lo que yo misma me imagino, tendrás que proporcionarme el dinero para poder llevar a cabo esa obra magnífica. ¿Lo harás?

Otto bajó la cabeza. Dudó unos instantes, pero el gran amor que sentía hacia Erika salió finalmente vencedor. Entonces, de manera extraña, y viviendo la actuación del partido que había terminado horas antes, comprendió que Hans había obrado de manera ambiciosa, llevándose la mayor parte de las primas que el señor Dormein donaba por cada gol conseguido. Vio las cosas de muy distinta manera y juzgó a Hans como nunca lo había hecho. Se endurecieron sus facciones y, mirando con fijeza a Erika, afirmó rotundamente:

—En el próximo partido, seré yo quien marque más goles.

Ella abandonó el sillón, yendo a sentarse en el brazo del que ocupaba su esposo y pasando la mano alrededor de los hombros de Otto y, atrayéndole, le besó con pasión.

* * *

Avanzaba la delantera del «Wandenberg».

Cinco hombres que se habían hecho famosos, a los que el público conocía ya con el nombre de «Los blindados del Wandenberg» porque ante ellos, las defensas de los equipos contrarios, se desplomaban como un castillo de naipes.

Esta vez, los adversarios eran los componentes del equipo de «Maguncia», un conjunto muy importante y muy preparado, que había conseguido la Liga en dos ocasiones consecutivas.

Lukas, el delantero centro, llevaba el esférico. Acababa de empezar el encuentro y el público esperaba ansiosamente las primeras maniobras del «Wandenberg», ya que se había corrido la voz por toda la Alemania Federal de que aquel equipo poseía una delantera verdaderamente excepcional. Lukas prosiguió avanzando, sorteó la entrada de dos enemigos y se dirigió casi directamente hacia el área contraria.

Dispuesto a interrumpir su camino, uno de los defensas del «Maguncia» se precipitó rápidamente sobre él; acosado, Lukas no tuvo más remedio que ceder la pelota a Otto, que se encontraba muy cerca de él, y el interior izquierda, sin pensarlo un solo segundo, giró sobre sí mismo, engañó a un contrario que deseaba arrebatarle el balón y disparó con certeza, haciendo que el esférico penetrase por el ángulo derecho de la portería del «Maguncia»…

Fue un gol de verdadero campeonato. Otto sonrió satisfecho.

Avanzó el «Maguncia», y uno de sus extremos corrió por la línea, pasado luego hacia el delantero centro, que chutó, con mucha fuerza, bloqueando con toda seguridad el portero Mütter.

Nuevo avance del «Wandenberg».

Esta vez, por el lado derecho, Werner corrió a toda velocidad, planteando una situación de peligro ante el área enemiga. Llegado el momento de centrar, Werner lo hizo con una precisión maravillosa, mandando el balón hacia el grupo que formaban Hans, Lukas y Otto. Otto iba a retener la pelota con los pies cuando, de una manera inverosímil, y muy hermosa, Hans le arrebató la pelota, lanzándose a una velocidad fantástica hacia la portería contraria, fusilando al portero de manera impecable.

El gol produjo un rugido entre los seguidores del «Wandenberg». Incluso los partidarios del «Maguncia», campo en el que se estaba jugando el partido, tuvieron que admitir que aquel gol había sido

sinceramente excepcional. Pero no pensaba lo mismo Otto.

Mientras se dirigían hacia el centro, para que se produjese el saque por parte del equipo enemigo, Otto se acercó a Hans y, en voz baja:

—¿Te has vuelto loco, muchacho?

Hans miró abiertamente a su compañero.

—Perdona, pero creí que estabas dudando y había un defensa contrario que se te echaba encima.

La mirada del otro no era nada amistosa.

—Voy a advertirte algo, Hans. Cuando yo me disponga a chutar no te metas en lo que no te importa. Si es que quieres que sigamos siendo amigos.

—Como quieras —dijo Hans alejándose.

Solo la mirada aguda de Losser, desde el foso, siguió la escena. Frunciendo el ceño, el entrenador sintió una especie de malestar interno que le produjo, al mismo tiempo, una intensa tristeza.

El que Hans hubiera arrebatado a Otto el esférico, carecía de importancia en el equipo; en cualquier equipo corriente y vulgar, muchas veces, un delantero lo hace para evitar y sorprender al enemigo. Había sido, en el fondo, se quisiera o no, una jugada magnífica. Así debía pensarlo el público, pero no era esta la opinión de Ulrich.

El viejo entrenador pensaba en muchas cosas y veía, con pena, como su magnífica delantera se iba deteriorando, creándose entre los componentes, conatos de enemistad en los que nunca había pensado, en los que jamás hubiera creído llegaran a producirse. Pero lo verdaderamente inverosímil se produjo en la segunda ofensiva del «Wandenberg».

Kramer, el defensa central, cedió en corto a Otto, que estaba todavía muy lejos de la línea media del campo. Pero sin hacer caso a las reclamaciones que Volasky y Hans y Werner le hacían para que pasara, fue sorteando a sus enemigos, uno a uno. Parecía una máquina destructora que nadie podía detener.

Fue una especie de flecha que atravesó el césped hasta llegar a las cercanías de la línea defensiva, atravesando de manera mágica el espacio inverosímil que le dejaron los defensas para chutar con todas sus fuerzas, batiendo al meta contrario.

Esta vez, el público, en pie, le prodigó una ovación estruendosa.

Se endureció luego el juego, no marcándose más goles hasta el final del encuentro.

* * *

Hans detuvo el coche en el parking que se extendía ante el gran Hospital Central de Hamburgo. Bajó del vehículo y respiró, con placer, el aire tibio de aquel principio de mayo. Mientras se dirigía a la gran escalinata por la que se penetraba en el centro hospitalario, fue viendo que en los macizos de verdura se apuntaban ya los primeros brotes de las flores. Aquella sensación primaveral, de vida y de potencia de la naturaleza, le hizo un cierto daño. Fue como si presintiera algo malo. De todos modos, cuando penetró en el vestíbulo, su humor había cambiado, sintiéndose mucho más optimista.

Tuvo que esperar una veintena de minutos, antes de ser recibido por el doctor Runter que, en aquellos instantes, estaba operando en uno de los quirófanos del hospital.

Mientras esperaba, Stuck reflexionó en lo acontecido en último partido.

¿Cómo explicarse la brusca actitud de Otto? Hans no podía imaginarse que existiera algo que exigiera a su compañero el procurarse, de la manera que fuera, aquellas primas por gol conseguido.

Sabía, como todo el mundo, que Otto estaba casado con una encantadora muchacha, que poseía un hermoso piso y que no carecía de nada. Como todos los jugadores del «Wandenberg», Otto gozaba de una situación verdaderamente envidiable. ¿Entonces?

Quizá —se dijo— debería haber hablado con mis compañeros explicándoles el problema ante el que se hallaba. Pero una especie de rubor íntimo le prohibía hablar de Klara, esperando que el resultado de los análisis fuera favorable.

Hans no era hombre para dolerse ante los demás. Tenía una voluntad férrea, e incluso el haber confesado a los otros lo que le ocurría le habría parecido, en cierto modo, una especie de insoportable debilidad. La aparición del doctor Runter hizo que olvidara de pronto todas sus preocupaciones sustituyéndolas por la ansiedad, esperando que el médico, al que estrechó la mano

calurosamente, le dijera algo satisfactorio.

—Sentémonos —dijo el médico.

Observando atentamente el rostro del médico, Hans no descubrió en las facciones del doctor nada que pudiera orientarle respecto a lo que iba a oír de un momento a otro.

Mordiéndose los labios nerviosamente, esperó a que Runter rompiera el penoso silencio que se había producido en la pequeña sala de espera.

—Hemos examinado atentamente la biopsia de su esposa. Y no quiero que se alarme en absoluto, amigo mío. Aunque hayamos encontrado en las muestras la existencia de algún inicio de un tumor maligno, eso, actualmente, no quiere decir nada.

A Hans le corrió algo frío a lo largo de la espina dorsal.

—Entonces, ¿es un cáncer?

El médico tardó unos segundos en contestar.

—No es justamente la palabra que conviene, en estos momentos, aunque exprese la realidad del mal que hemos encontrado en los tejidos de su mujer. Como antes le he dicho, yo lo calificaría de iniciación de tumor maligno. Nada más. Un comienzo de peligro; pero de tal manera reducido, que tenemos todas las de ganar… como ustedes dicen en su lenguaje deportivo —agregó sonriendo.

—¿Qué va usted a hacer, doctor?

—Lo que ya le dije en el curso de nuestra primera entrevista. Vamos a someter a su esposa a una serie de sesiones con la bomba de cobalto, destruyendo por completo todas esas células que forman el pequeño tumor que actualmente tiene en el pecho. Le aseguro que va a ser algo muy sencillo y sin peligro.

—¿Cuánto tiempo durará el tratamiento?

—No creo que más de dos o tres meses a lo sumo.

Hans lanzó un suspiro.

—Lo malo —dijo— es que tengo que viajar bastante.

—Lo sé. Pero puede marchar sin preocuparse en absoluto. Aquí, en el hospital, la cuidaremos con toda clase de atenciones. Usted debe olvidar por completo que su esposa tiene ese mal. Yo le aseguro que no ha, alcanzado ninguna gravedad y no piense usted demasiado en ello, se lo aconsejo lealmente.

—¿Usted cree?

—Desde luego que sí. Nosotros, los médicos, sabemos que una

noticia como la que acabo de proporcionar a usted, produce reacciones, a veces, mucho más peligrosas en los parientes cercanos del paciente, que en él mismo. Podría haberle ocultado el resultado del análisis, pero prefiero decirle la verdad.

—Ha hecho usted muy bien y se lo agradezco.

—Eso espero. Lo que deseo, de todo corazón, es que no olvide un solo instante que el mal del que padece su esposa es algo sin gran trascendencia. Un poco molesto, es verdad, pero nada más.

Hans no se atrevió a formular la pregunta que le quemaba los labios. Recordaba las palabras del doctor Runter y sabía qué aquellos dos o tres meses de tratamiento iban a costarle una verdadera fortuna. Pero no quiso entrar en el terreno de lo económico. Estaba seguro de ganar aquel dinero, sin necesidad de tener que molestar al señor Dormein, aunque también aquella idea le había pasado por la cabeza. Sin embargo una especie de orgullo personal, algo que no podía evitar, le impedía recurrir al mecenas del «Wandenberg» para pedirle una ayuda que Klaus, estaba seguro, le hubiera proporcionado con todo agrado, pero estaba decidido a no recurrir a nadie.

Cuando vio que el doctor se ponía en pie, le imitó, percatándose de que el médico daba por terminada la entrevista.

—Puede traer usted a su esposa a partir de mañana por la mañana —dijo Runter—. La ingresaremos en el servicio de observación y empezaremos inmediatamente el tratamiento. Le proporcionaremos los teléfonos del hospital para que usted pueda comunicarse con nosotros desde el lugar en que se encuentre. Y una vez más, amigo mío, le aseguro que no existe un verdadero peligro.

—Muchas gracias, doctor.

CAPÍTULO IV

Lukas, el delantero centro del «Wandenberg», era un hombre tranquilo. Fuera del fútbol, su gran afición era la música y había instalado en su piso, de la zona residencial de Hamburgo donde vivían casi todos los jugadores del equipo, una maravillosa instalación estereofónica que era su rincón preferido desde el mismo momento en que entraba en su casa.

De todos los domicilios de los miembros de la delantera del equipo, el de Lukas era, sin duda alguna, el más modesto. Esto no quiere decir que careciese de algo imprescindible. Pero Hilda, su esposa, era una mujer profundamente atada a lo económico, ahorradora en extremo, previsora y muy serena, enemiga de reuniones y de fiestas, profunda y sinceramente enamorada de su marido.

Aquella tarde, después de regresar del entrenamiento y tras haber comido, cuando Lukas se disponía a ir a su rincón preferido, para escuchar unos discos que acababa de adquirir, Hilda le cogió dulcemente por el brazo.

—Un momento —le dijo—. Lukas, desearía hablar contigo.

—Naturalmente, querida.

Volvieron a sentarse en el comedor y la mujer fue en busca de una nueva taza de té, que sirvió a Lukas, quien no dejaba de observarla atentamente, intentando adivinar lo que le ocurría. Hilda era una mujer grácil, con una hermosa cabellera pelirroja y unos ojos verdes muy grandes.

Se sentó frente a él y, sonriendo, le dijo:

—¿Has pensado en el porvenir, Lukas?

El hombre sonrió.

—¿En qué porvenir? —inquirió a su vez.

—En el nuestro.

Hubo un corto silencio.

Era evidente que Lukas no había comprendido el verdadero sentido de las palabras pronunciadas por Hilda. Por eso,

pacientemente, bebiendo el té a cortos sorbos, esperó a que ella se decidiera a explicar mejor lo que quería decir.

—No quisiera ofenderte, amor mío —dijo ella—, pero me he dedicado a estudiar la vida de los grandes futbolistas, llegando a la conclusión de que si bien ganan muchísimo dinero, su vida, en el aspecto profesional, es bastante corta.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente la verdad. Un jugador, más allá de los treinta o treinta y cuatro años, empieza a decaer rápidamente. Especialmente las grandes figuras, los hombres que lo han dado todo por un equipo o por varios equipos… podría citarte nombres, que me he aprendido de memoria, pero creo que tú los conoces mejor que yo.

—¿Y qué?

—Que no podemos vivir soñando, cariño. Hemos de ahorrar.

—¿Es que no lo hacemos?

—Sí. Pero no refiero solamente a esto. Cuando por la fuerza tengas que retirarte de tu profesión, deseo que vivamos con toda tranquilidad el resto de nuestros días. No quiero, como hay muchísimos casos, que tengas que buscar trabajo en otro sitio, que hagas de entrenador o cualquier otra cosa. Creo de verdad, Lukas, que cuando termines tu carrera profesional, estarás tan harto del fútbol como yo misma.

—Sigue, me interesas.

—He pensado —dijo ella—, que puesto que lo que más te gusta en esta vida es la música, podríamos empezar a pensar en instalar, para nuestros «Viejos tiempos» —y pronunció estas palabras con una sonrisa—, un establecimiento de aparatos electrónicos musicales. Algo que nos produjera lo suficiente para vivir con completa tranquilidad y sin el peligro del ocio.

—Me parece muy bien.

—Me alegro que así sea. Pero, de todas formas, como sé lo despistado que eres, he hecho cálculos yo misma. Y las conclusiones a las que he llegado son bastante preocupantes.

—¿Qué quieres decir?

—Que necesitamos una gran cantidad de dinero para instalar ese negocio. Un dinero mucho mayor del que tú traes ahora a casa y desde luego del que yo puedo ir ahorrando.

—Eso me parece casi imposible, querida.

—No bromees, cariño. Necesitamos ingresos mayores, cosa nada difícil, gracias a la generosidad del señor Dormein.

Lukas frunció el ceño.

Había adivinado ahora el camino que seguía su esposa y el objetivo que sus pensamientos marcaban. Por eso sintió de pronto una oleada de tristeza. No estaba nada contento con lo que ocurría en el equipo y se había percatado, aunque sin decir nada a nadie, de la honda diferencia, de la absurda rivalidad que había nacido entre sus buenos amigos Hans y Otto.

—¿Te refieres a las primas por gol conseguido… no es así?

Ella asintió con la cabeza.

—Precisamente a eso, cariño. Si tú no pertenecieras a la delantera, yo no te diría nada, pero creo, aunque entiendo muy poco de fútbol, que estás en una de las mejores posiciones para conseguir más goles que los demás, ¿no es cierto?

Él se encogió ligeramente de hombros.

—Un jugador —dijo poniéndose muy serio— no sale nunca al campo con el único propósito de conseguir goles personalmente. Un equipo es un conjunto de hombres y solo en combinación absoluta y completa, en concordancia y en colaboración, puede convertirse en algo efectivo. Claro que puedo conseguir goles, como pueden conseguirlos los demás. Pero yo no estoy dispuesto a sacrificar la belleza del juego por unos marcos más o menos.

—Son más marcos que menos —dijo ella.

—No sé…

Los ojos verdes de Hilda adquirieron un brillo distinto.

—No quería decírtelo —dijo momentos después.

—¿El qué?

Ella se levantó, acercándose a él.

Mirándola ahora, elevando la cabeza para hacerlo, Lukas se percató de un cierto rubor en las mejillas pálidas de su esposa.

—¿Estás enferma?

—En absoluto. Todo lo que me ocurre es completamente normal y lógico.

—No te entiendo.

—Porque siempre tienes la cabeza en otra parte, Lukas —sonrió ella—. Y puesto que eres tan tonto como para no darte cuenta, tengo el honor de anunciarte que vamos a tener un hijo.

—¿Un hijo? —inquirió él con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Tan raro es?

Él se echó a reír.

—¡Qué cosas tienes! Es verdad que soy un estúpido…

—Eres el marido más encantador del mundo.

—No digas eso.

Se levantó y fue cogiéndola suavemente por la cintura y atrayéndola la besó generosamente en los labios.

—¡Te quiero, Hilda!

—Eso ya lo sé, tonto.

—Estamos hablando bajo un punto de vista realista. Vamos a tener un hijo, espero que no sea el último. ¿Te das cuenta?

—Sí.

—Vas a tener la responsabilidad de una familia, Lukas. Y puesto que las cosas van a ocurrir así no podemos encerrarnos en el egoísmo de pensar solo en nosotros dos. Hay que pensar en los niños.

—Desde luego.

—Por eso necesitamos tener la completa seguridad de que no les faltará nada el día que tú tengas que abandonar los campos de fútbol.

—Tienes toda la razón del mundo.

—Me entiendes ahora, ¿verdad?

—Desde luego que sí, amor mío.

Todo había cambiado en él.

Bruscamente, las cosas le aparecían como a través de un cristal completamente distinto. La noticia que Hilda acababa de anunciarle le había llenado de gozo; pero, al mismo tiempo, la preocupación se elevó en su conciencia, percatándose de que su mujer tenía razón y que de ninguna manera podía olvidar a aquel niño que iba a nacer y que, seguramente, tal y como ella había dicho, no sería el único.

Un nuevo concepto de responsabilidad como padre de familia se instaló en su pecho.

Abrazó tiernamente a su esposa murmurándole tiernamente en el oído:

—No temas, Hilda. Tienes razón. Meteré todos los goles que pueda. Tendrás ese dinero para que podamos instalar, en el

momento preciso, ese negocio que será, como tú muy bien dices, una garantía para el resto de nuestros días.

—¡Te amo, Lukas!

* * *

Losser cruzó la calle.

Ni siquiera miró, al hacerlo, ya que sabía que por allí pasaban muy pocos automóviles. Altas y viejas casas bordeaban el estrecho pasadizo que el entrenador del «Wandenberg» recorrió con paso indeciso, lento, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos semicerrados.

Más allá de la masa de casas viejas y destartaladas, cuyas fachadas habían sido materialmente devoradas por la lepra del tiempo, se veían los altos y nuevos edificios que se habían construido en el barrio de Altona que ahora ya formaba parte del gran Hamburgo.

Pero era en aquel barrio donde el «Wandenberg» había nacido. Allí, detrás de una casa de color grisáceo, se extendía un solar en el que los muchachos se habían entrenado más de una vez, sin una pizca de hierba, sin porterías, marcando las metas con piedras o con montones de ropa.

Ulrich lanzó un suspiro.

Muchas noches como esta, habiendo dejado a los muchachos en sus respectivos domicilios, tras el entrenamiento de la tarde, había tomado este mismo para dirigirse al barrio de Hans, un viejo marino que se había quedado manco en un accidente y que había instalado aquella pequeña taberna, donde se respiró, desde la fundación de equipo, un espíritu de «peña» del «Wandenberg F.C.». Cuando Losser empujó la puerta del establecimiento, se encontró con el mismo cuadro de siempre, sin poder observar variación alguna. Todo seguía igual. Las mismas mesas, las sillas desvencijadas, el mostrador con su cubierta de zinc, y detrás de él, la alta silueta de Hans, que lavaba rápidamente los platos sirviéndose del único brazo que le quedaba, el izquierdo.

No se asombró el manco de ver al entrenador. Desde hacía un par de semanas, cuando el equipo regresaba a Hamburgo, Ulrich

solía visitarle, sentándose a una de las mesas, bebiendo más de lo que lo había hecho en su vida, con los ojos semicerrados y la mirada perdida en una misteriosa lejanía que él solo conocía.

Mirando a su misterioso cliente, Hans se percató de que ni siquiera el costoso traje que llevaba puesto, ni el sombrero que acababa de quitarse, habían modificado el aspecto de aquel buen hombre.

Al contrario, parecía como si Ulrich estuviese incómodo en el atuendo que llevaba. Pero más que ninguna otra cosa era la tristeza de Losser lo que había llamado la atención de Hans.

Se acercó a la mesa, llevando en su única mano el consabido aguardiente y un vaso.

—¿Cómo estás? —preguntó al detenerse junto a la mesa.

Losser levantó una mirada neutra hacia el tabernero. Este notó que su amigo había envejecido muchísimo en los últimos tiempos o, al menos, así lo parecía. Profundas arrugas cruzaban ahora la frente de Ulrich y las dos que, como un paréntesis se abrían a ambos lados de la boca, le hacían parecer más delgado, como enfermizo y macilento.

No había en la taberna más que una mesa ocupada por cuatro hombres que jugaban silenciosamente a las cartas.

—¿Quieres sentarte conmigo, Hans? —preguntó Ulrich.

El otro volvió al mostrador, para coger otro vaso y tomó asiento frente al entrenador. Sirvió, llenando ambos vasos, empezando a beber, lentamente, sin pronunciar ni una sola palabra.

Hans conocía a Losser desde hacía muchísimo tiempo. Durante los años en que aquel hombre, gracias a una voluntad formidable, había convertido a un grupo de muchachos, en los ratos en que no iban a la escuela, en aquel formidable equipo que ahora era el «Wandenberg», Hans había colaborado en lo posible adelantando muchas veces dinero a Ulrich, quien se lo había devuelto religiosamente.

Por eso, precisamente por el gran respeto que tenía a Ulrich, el viejo marino no pronunció una sola palabra limitándose a observar atentamente el rostro envejecido de su antiguo compañero. Sin alzar la cabeza, con los ojos fijos en el líquido trasparente que aún contenía su vaso, Losser dijo con voz lenta:

—El domingo que viene jugamos con el «Nuremberg».

—Un contrario bastante duro —observó Hans.

—Sí. Pero no es eso lo que me preocupa, amigo mío. El equipo se me está yendo de las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Que mientras los muchachos estaban movidos por su entusiasmo, por su afán deportivo, todo iba maravillosamente bien. Ahora es distinto…

—¿Por qué?

—En el fondo —dijo filosóficamente Losser—, todo el mundo trabaja para ganar dinero. Es una ley de vida. Pero nadie ignora que la ambición es el peor enemigo de la humildad. En el campo del deporte, Hans, la ambición es como un cáncer que te va devorando por dentro, que va anulando todo lo bueno que tenías, que ahoga todo el espíritu de nobleza que hay en el deportista, convirtiéndolo en un ser abyecto, en una criatura que calcula más los beneficios que va a obtener que el noble triunfo de un encuentro con cualquier adversario.

El viejo marino se encogió de hombros.

—No creo que tengas muchos motivos para quejarte, Ulrich —dijo—. El «Wandenberg» no ha perdido un solo partido. Y no solo es eso, sino que ha obtenido resultados siempre brillantes. El público está cada vez más entusiasmado con tus muchachos, viejo amigo. Creo, en realidad, que te preocupas demasiado.

—¡Ojalá estés en lo cierto!

Hubo un corto silencio.

Después, alzando su mirada vidriosa hacia Hans, Losser dijo con una voz que temblaba un poco:

—Hace tres noches que tengo el mismo sueño. Más que un sueño, es una terrible pesadilla. Veo a mis muchachos combatiendo contra un enemigo sin rostro y, de repente, como por arte de magia, los enemigos van recobrando un rostro que es exactamente el de los muchachos del «Wandenberg». En este momento, es como si viera luchar a mi propio equipo contra el doble de él mismo. Frente a cada delantero, hay otro delantero igual. Un Lukas frente a un Lukas, un Hans frente a un Hans; un Otto frente a un Otto…

—No debes hacer caso de esas pesadillas.

—Tengo miedo —dijo Losser lanzando un suspiro.

—Estoy seguro que ganaréis el campeonato.

Losser se encogió de hombros.

—Va a extrañarte mucho lo que voy a decirte. Necesitamos perder.

—¿Te has vuelto loco?

—No estoy loco, Hans. Los muchachos necesitan recibir una buena lección, una lección que no olviden fácilmente. Tienen que verse tal y como son ahora. Y cuando puedan contemplarse a sí mismos, convertidos en esa especie de monstruos en que su avaricia les ha transformado, se darán cuenta de que están a punto de dejar de ser deportistas.

—Te estás volviendo viejo, Ulrich —dijo Hans, volviendo a llenar los vasos.

—Es posible.

* * *

Nunca se había conocido un lleno tan completo, en el campo del «Nuremberg», como en aquel domingo.

La expectación estaba al rojo vivo.

Por primera vez, en el curso del campeonato, iban a enfrentarse dos equipos que no habían conocido la derrota. Era como la lucha de dos colosos. Y el público, consciente del encuentro formidable que le esperaba, hervía de impaciencia en los graderíos, mientras una orquesta local interpretaba música alegre en espera de que llegara el comienzo de la primera parte. Desde lugares estratégicos las cámaras de televisión estaban dispuestas a no perder una sola imagen del encuentro; pero muchos televidentes, aun teniendo su aparato encendido, apagarían el sonido, para escuchar el de la radio, las palabras vehementes, el decir exacto de Alfred Kümer, el locutor deportivo más importante de toda Alemania Federal y uno de los mejores del mundo; justo en aquellos momentos, Alfred acababa de tomar el micrófono para saludar a los radioyentes antes de empezar a describir las jugadas del partido.

—Vamos a asistir hoy a uno de los mejores encuentros de la Liga. Por primera vez, desde su comienzo, el público no puede afirmar de manera rotunda que el vencedor será, como siempre el «Wandenberg». Siguiendo una línea exactamente paralela a la del equipo que dirige Losser, los muchachos del «Nuremberg» tampoco

han conocido la derrota. Es verdad que han marcado menos goles que sus enemigos de esta tarde, pero han desarrollado un juego lleno de preciosismo y, según su entrenador, se encuentran en perfecta forma para el juego.

Habiendo terminado de tocar, la orquesta, vistosamente ataviada, abandonaba ya el terreno de juego.

Un enorme silencio se hizo en el campo.

Momentos después, salieron los equipos al césped, recibidos con una ovación que se prolongó durante muchos minutos, mientras los futbolistas jugueteaban con el balón, pasándose y chutándose, entre tanto que en el centro el árbitro hablaba con los capitanes de ambos conjuntos.

Antes de abandonar el vestuario, Losser había hablado con sus muchachos. Había hablado mucho menos de lo que solía hacer antes. Porque ahora, cuando los miraba, especialmente a los componentes de la delantera, era como si se encontrara ante gente extraña, a la que nunca había conocido.

Una vez en el foso, encendió un cigarrillo con una mano que temblaba un poco, observando los preparativos que se estaban llevando a cabo en el centro del terreno. Le tocó escoger campo al «Wandenberg» y, por lo tanto, iba a sacar el «Nuremberg».

Ante el micrófono, Alfred Kümer proseguía con su entusiasta perorata.

—Va a empezar el encuentro. Le toca sacar al «Nuremberg». Lo hace en estos momentos…

»Weid da el toque de saque, pasando a Dris quien, a su vez, echa la pelota hacia atrás, cogiéndola Thomas. En estos momentos, la delantera del “Nuremberg” inicia una veloz carrera, mientras que Thomas, tras sortear el acoso de un adversario, pasa por alto, cambiando el juego a la otra ala, sobre Niela.

»Se repliega el “Wandenberg”, aunque parte de su delantera permanece inmóvil, a la expectativa. La totalidad de la delantera del “Nuremberg” está ya cerca del área contraria y Niela, que ha conseguido zafarse de la presión a que le sometían Werner y Hans, centra por alto… saltan Kramer y Dris, este consigue pegar con la cabeza, aunque muy flojo y, finalmente, el portero Mütter bloca el esférico.

»El guardameta del “Wandenberg” saca con la mano y con

fuerza. La pelota va a caer muy cerca de Lucas, quien se hace con ella, avanzando en flecha hacia el campo contrario. Sortea primeramente a Runk después a Thomas, ahora tiene delante de él a Kraus, el defensa central. Pero, señores… ¡esto es formidable! En vez de seguir avanzando, en línea recta, Lukas cambia bruscamente el rumbo, dirigiéndose hacia Meller, el defensa izquierdo. Este regatea, pero Lukas se hace con la pelota y se dirige de nuevo hacia el centro del área, enfrentándose esta vez con Kraus, al que dribla con facilidad, girando el cuerpo por completo antes de disparar…

¡¡¡Gol!!!

El locutor dejó pasar el rugido formidable que había surgido de la multitud.

—Está visto, señores, que vamos a asistir a otro de esos fabulosos encuentros a los que el «Wandenberg» nos tiene acostumbrados. Una vez más, uno de sus delanteros, completamente desligado de sus compañeros, realizando una jugada personal de un preciosismo insuperable, ha conseguido marcar en la portería contraria, cuando apenas llevamos doce minutos de juego.

En el foso, la expresión de Losser, que era triste al principio del partido, se había vuelto colérica.

Nunca comprendería al público. Aunque era muy posible, que entre los miles de aficionados que llenaban el estadio, hubiese unos cuantos, incluso bastantes, que se dieran cuenta de que lo que estaban viendo no era un verdadero partido de fútbol.

Pero, desde luego, esos serían los menos.

Mientras los jugadores adoptaban sus normales posiciones, preparándose para el saque de centro, Ulrich vio que el capitán del «Nuremberg», Weid, hablaba con la totalidad de su delantera. Debió darles instrucciones con rapidez, colocándose luego en la línea de saque, mientras que el árbitro les instaba a que se apresurasen y no perdieran tiempo.

El juego se reanudó instantes después.

Tirando la pelota directamente al extremo Huttmann, Weid, Dris, Ziller y Niela avanzaron unidos, formando una especie de punta de lanza, que se dirigía directamente hacia la portería contraria.

El extremo Huttman había enviado sobre Dris que, a su vez, pasó al delantero central, quien inició una serie de pases rápidos y

cortos sobre sus compañeros. Había tal coordinación en la delantera del «Nuremberg» que el público guardó un silencio respetuoso corrió si se esperase ya el logro de un gol que parecía estar en el aire.

El trío defensivo del «Wandenberg»: Lorez, Kramer y Treum, hicieron lo posible por cortar el juego corto y rápido de sus adversarios. Pero enseguida se vio que no había posibilidad alguna de interrumpir aquella serie de pases que, con una precisión matemática, llevaban el esférico de un lado para otro.

Weid hizo ademán de chutar, cuando Kramer se echaba materialmente encima de él; pero en el último instante, el delantero centro del «Nuremberg» cedió en corto a Dris quien, sin detenerse, disparó un formidable derechazo, que cogiendo desprevenido a Mütter, se estrelló en la red.

Era el gol del empate.

Quince minutos después, mientras se sacaba una falta sin importancia, el locutor Kümer hacía un corto resumen de lo que había ocurrido en esos quince minutos.

—Acabamos de asistir, en este último cuarto de hora, a tres desesperadas intentonas de juego individual por parte de Hans, Lukas y Otto del «Wandenberg».

«Está visto que las cosas no les van al “Wandenberg” como de costumbre. En contra de este feroz individualismo, los muchachos del “Nuremberg” cierran sus filas y su delantera avanza, al mismo tiempo, combinando una serie de pases cortos que ponen constantemente en peligro a la meta defendida por Mütter.

»Ya en algunos periódicos deportivos alguien decía que la táctica del “Wandenberg” no podía durar demasiado. Y es indudable que el entrenador del “Nuremberg” ha estudiado con todo detalle esa especial manera de hacer fútbol.

»Se tira la falta contra la portería defendida por Umer… el balón sale fuera.

Los minutos del primer tiempo iban transcurriendo sin que el marcador modificase el empate que señalaba.

Pero cinco minutos antes de que acabase la primera “ mitad, la delantera del «Nuremberg», repitiendo una vez más su esfuerzo de coordinación y de compañerismo, en una serie de pases cortos, como parecía ser su táctica especial, llevó el balón a la red del

«Wandenberg», merced a un disparo del extremo Huttman que el portero Mütter no pudo detener.

Así terminó el primer tiempo.

El segundo tiempo fue una prueba de la ineficacia del juego individual. A pesar de las heroicas intentonas de Hans, Lukas y Otto, los defensas del «Nuremberg» detuvieron cada vez la pelota, despejando lejos, alejando el peligro de su propia área.

No ocurrió lo mismo del lado del «Wandenberg».

Tres veces consecutivas, en una ligazón extraordinaria, la delantera del «Nuremberg» consiguió marcar, cada vez con la misma precisión, como una mecánica perfectamente montada, cuyas ruedas dentadas no tuvieran el menor fallo al trabajar en una íntima y estrecha colaboración. El partido terminó con el resultado de cuatro a uno a favor del propietario del terreno.

* * *

Fumando un cigarrillo, ya había fumado tres desde que llegó allí, Ulrich Losser, con los ojos entornados, contemplaba los hermosos cuadros que pendían de las paredes de la sala de espera, completamente vacía, donde llevaba ya casi tres cuartos de hora.

Había llamado por teléfono al señor Dormein en cuanto llegó a Hamburgo. No le pareció, mientras escuchaba la voz del multimillonario, percibir ninguna decepción respecto al resultado del último partido. Y era precisamente aquella tranquilidad de Klaus lo que más preocupaba a Losser, aunque la verdad es que tampoco sentía él tristeza alguna. Al contrario, por muy paradójico que pareciera, Losser había sentido, cuando el encuentro con el «Nuremberg» llegó a su fin, una alegría intensa…

Era aquella la lección que esperaba les fuera dada a sus muchachos.

«Quizás ahora —pensó— se den cuenta de que el fútbol no es un deporte como el tenis. Hay once jugadores en cada equipo y todos ellos han de coordinar su esfuerzo, sin personalismos de ninguna clase, en íntima colaboración con sus camaradas».

De eso, precisamente, quería hablar con Klaus von Dormein. Fue en aquel momento cuando la secretaria, una muchacha alta y rubia, vino en su busca, rogándole que la siguiese. Momentos después,

penetraba en el inmenso despacho de Klaus, quien le recibió amablemente, estrechándole cálidamente la mano.

—Tome asiento, Losser.

—Muchas gracias.

Desde luego, cómo pudo percatarse Ulrich, Klaus no estaba en absoluto afectado por la derrota de su equipo. Parecía sonriente y feliz, como si todo aquello que había ocurrido en el campo del «Nuremberg» no fuera más que una broma.

Cuando Dormein le prometió hablar, Losser empezó a hacerlo, despacio, como si quisiera que cada una de sus palabras despertase en su interlocutor todo el sufrimiento que estaba pasando. Empezó, aunque el otro ya lo sabía, a contar la historia del «Wandenberg», los viejos y difíciles tiempos, aquella magnífica unión que había conseguido entre los muchachos de un equipo que, sin la ayuda económica del millonario, quizá hubiese llegado menos alto, pero sí con una trayectoria limpia.

—Yo no puedo, señor Dormein —siguió diciendo—, inmiscuirme en sus puntos de vista personales. Ha hecho usted demasiado por el equipo y todos nosotros le estamos profundamente agradecidos.

—No tiene importancia, Losser.

—Para nosotros sí, señor. Pero, por lo que acabo de explicarle, creo que se percatará usted de la situación peligrosa a la que hemos llegado. Se ha producido lo que menos podía esperarse: una fatal desunión entre los muchachos de la delantera, un egoísmo exacerbado, una pasión por las jugadas personales que, como hemos visto en el campo del «Nuremberg», nos ha conducido a una derrota que merecíamos.

«Hasta ahora, hemos luchado con equipos importantes pero yo sabía perfectamente que los entrenadores de los conjuntos a los que íbamos a seguir enfrentándonos estaban estudiando nuestra táctica y, con permiso de usted, han debido reírse mucho de nosotros.

—¿Usted cree?

—Lo creo, señor Dormein. A mí me hubiera ocurrido lo mismo. Por muy buena que sea una delantera, por excelentes que sean sus componentes, la historia del fútbol ha demostrado que las jugadas personales, aunque muy meritorias, no pueden constituir una táctica aplicable en todos los casos.

»La jugada personal, señor Dormein, es un caso excepcional. Una

especie de bordado maravilloso que levanta al público, es cierto, pero que francamente es irrepetible. Nosotros hemos conseguido aplicar esa loca táctica con éxito y todavía no me explico cómo no hemos sido derrotados hasta ahora.

El millonario movió la cabeza de un lado para otro, sin dejar de sonreír.

—No le veo muy optimista, Losser.

—Soy realista, señor.

Vio que las facciones de Klaus se endurecían bruscamente.

—Le he escuchado con toda atención, Ulrich —dijo—. Ha sido una lección interesante para un hombre que, como yo, no entiende mucho de fútbol. Pero entiendo mucho de gente. Todos los triunfos que he conseguido en mi vida han nacido del conocimiento de la psicología de los demás. Y no creo que los futbolistas sean una excepción.

—Si usted lo cree así…

—Estoy convencido de ello, Losser. Por eso, no me ha afectado mucho la derrota ante el «Nuremberg». Es más, me ha demostrado que esa ambición que usted tanto teme no ha dejado de crecer en los muchachos de nuestra delantera.

—No le entiendo.

—Voy a explicárselo enseguida. Al ofrecer el aliciente de las «primas» por cada gol conseguido, hemos despertado un sentimiento especial en cada uno de los miembros de nuestra delantera. Es como si hubiésemos duplicado sus fuerzas.

—No estoy de acuerdo con usted, señor…

—Déjeme seguir, Losser. Los muchachos de la delantera del «Wandenberg» son como los ejecutivos de mis empresas. La ambición es una regla humana que no tiene excepción alguna. Por eso, cuando en uno de mis numerosos negocios veo que uno de los ejecutivos flaquea, le doy una inyección de optimismo… es decir, aumento el interés económico de su misión, incremento sus comisiones. ¿Me explico?

—Sí.

—Y eso es precisamente lo que voy a hacer con el «Wandenberg». A partir de ahora, amigo mío, va usted a decir a nuestros excelentes muchachos de la delantera que en vez de cinco mil marcos, tendrán diez mil por gol conseguido.

—Pero…

Klaus le cortó con un gesto brusco.

—Eso es todo, Losser. Le he concedido, aunque con la alegría de volverle a ver, más tiempo del preciso. Hay asuntos importantes que me reclaman. Espero tenga la amabilidad de informar de mis nuevas decisiones a los muchachos de nuestro equipo. ¡Hasta la vista, Ulrich!

CAPÍTULO V

Cuando Hans quiso volver a llenar el vaso, Ulrich puso la mano encima, denegando al mismo tiempo con la cabeza.

—No, no quiero beber más. Gracias, Hans.

El otro le miró con un creciente interés.

—Entonces, ¿has presentado la dimisión?

—No.

—Sin embargo, esa era tu intención. Así me lo dijiste el otro día.

—Tienes razón. Estaba tan profundamente desesperado que no me quedaba más que esa salida. Uno se hace viejo. ¿Entiendes? Y lo peor de todo, es que uno también ha sido pobre; ahí está la cuestión, Hans.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo: que lo quieres o no, la gente de arriba te impone un cierto respeto. Como si por el hecho de tener mucho dinero, fueran capaces de ver las cosas con mayor claridad que nosotros.

—Bien sabes que eso no es cierto.

—Lo sé, pero he caído en el cepo como habrías caído tú también, Hans. Porque, además de ese respeto, había en mi corazón un profundo agradecimiento hacia un hombre que había convertido al pequeño «Wandenberg» en el coloso que es ahora.

—Ese agradecimiento es lógico tenerlo; de todos modos, como entrenador, debías haberle dicho, desde el principio, la verdad.

—Se la dije. Pero era como si Dormein y yo hablaremos dos lenguajes distintos. Él está acostumbrado a moverse en un mundo que no es el mío. Allí, el dinero es la cosa más importante y el interés, la ambición, lo rigen todo. Tú sabes que, desgraciadamente, el fútbol se está convirtiendo en un negocio más. Nosotros, tú y yo, que hemos vivido en épocas que ellos consideran anticuadas, sabemos que hay algo más en el deporte que el interés de ganar un sueldo, unas primas, una comisión… o lo que sea.

—Es verdad.

—Cuando se tiene un balón entre los pies y que se ve uno

corriendo hacia la meta contraria, no hay dinero alguno que pueda pagar la emoción que un verdadero deportista siente ante la posibilidad de marcar un gol. Pero si detrás de esa emoción, como una sombra maléfica, está el interés de convertir aquel gol en un montón de dinero, la deportividad desaparece como por ensalmo.

—Tienes razón.

—Por eso no he presentado la dimisión, Hans. Si alguien puede hacer todavía alguna cosa por los muchachos, ese alguien soy yo. Sé que voy a pasarlo rematadamente mal. Que tendré que enfrentarme con ellos, uno a uno, para cantarles de plano las verdades. Será muy desagradable, pero necesario. Si algo necesita el «Wandenberg», en estos momentos, es la mano segura de un cirujano que extirpe de golpe el cáncer de la ambición que está incrustado en la delantera.

—Entonces, ¿piensas hablar con tus chicos?

—Con la delantera, especialmente. Pero no en el banquillo, sino uno a uno, en su casa o en la calle, poco me importa. Aunque preferiría lo primero. Apenas conozco a sus familias. En realidad, a las esposas de los que se han casado no las conocí más que en la ceremonia de la boda. Pero deben ser seres humanos amar a su marido, y estoy seguro de que comprenderían el terrible problema que tenemos encima.

—No te arriendo la ganancia.

Una triste sonrisa afloró en los labios de Losser.

—Ya sé que va a ser muy duro, Hans. Pero no hay más remedio. Precisamente, voy a empezar por el que se llama como tú, por Hans. Y hay algo que me extraña mucho en ese muchacho.

—¿El qué?

—Verás. De todos los personajes de la delantera, hay dos que son dos verdaderos problemas para mí. Y no voy a hablar con petulancia, como lo ha hecho el señor Dormien de poseer un profundo sentido psicológico, de conocer a la gente. Pero puedo afirmar que «huelo» a una legua cuando uno de mis muchachos no está normal.

—¿Y quiénes son esos dos?

—Hans y Volasky. Pero hablemos del primero: nunca he conocido en mi vida a alguien tan desprendido como Hans. En los viejos tiempos, siempre tenía los bolsillos vacíos, ya que ayudaba a todo el mundo y sus compañeros le elegían como una especie de

banco del que podían siempre sacar alguna cosa cuando se hallaban en la estrechez, cosa muy corriente por aquel entonces. No puedo imaginar a Hans metiendo goles para ganar la prima; es algo que no me entra en la cabeza. Por eso voy a empezar hablando con él.

—¿Y Volasky?

—Eso es… punto y aparte. Se trata de una cuestión muy diferente. Como sabes, Volasky llegó a Alemania, casi de niño, procedente de su país de origen, Polonia. Su padre se quedó en Varsovia pero su madre se vino a vivir con el niño a Hamburgo, convirtiéndolo prácticamente en un alemán de origen. Volasky estudió aquí y empezó a jugar con nosotros y muy pronto descubrí en él unas cualidades de jugador verdaderamente magníficas.

—Es uno de los mejores delanteros.

—Es un extremo de primera categoría. Todo lo que he podido saber de su familia es que su padre y su madre no se llevaban bien, cosa que se deduce por sí sola a través de su separación. No conozco los motivos; pero, al parecer, el padre de Volasky es un hombre que se ha convertido en una figura política de bastante importancia. Aunque eso no tiene que ver nada con nuestro asunto. Lo que no me explico, de ningún modo, es la actitud siempre triste y recatada de ese muchacho. Y, desde luego, como he podido comprobar a lo largo de esta Liga, Volasky no ha ido a meter jamás un gol por dinero.

—¿Y Werner? —inquirió Hans.

—El extremo derecho es un muchacho sencillo, soltero, sin complicaciones. Es un verdadero deportista. Cuando hablamos de las primas del señor Dormein, se echó a reír, no dijo nada, pero yo supe inmediatamente que aquello no iba a afectar en absoluto su manera de jugar. Así lo han demostrado. El verdadero problema reside en Lukas y Otto.

—He oído decir que viven como príncipes.

Losser sonrió.

—Todos los jugadores viven magníficamente bien. Reciben un buen sueldo y las primas por partido ganado, dobles en el caso de que sea en campo contrario, les suministran una cantidad de dinero suficiente como para no preocuparse en absoluto por nada. Ya es triste tener que hablar de dinero constantemente. Este es, amigo Hans, el problema del fútbol en nuestro tiempo.

Se puso en pie, colocándose con cuidado el sombrero.

—Me voy en busca de Hans. Si puedo, esta misma noche pasaré por aquí y charlaremos un poco. No puedes imaginarte cuánto bien me hace hablar con un verdadero amigo.

—Siempre estaré a tu disposición, Ulrich.

—Lo sé, Hans. ¡Hasta luego!

* * *

El viejo Opel que Losser se había comprado, no sin regatear mucho, andaba aún bastante bien. Un mecánico del viejo barrio, donde todo el mundo quería a Ulrich, había reformado el motor, y el coche andaba a las mil maravillas. Conduciéndolo con prudencia, Ulrich se dirigió directamente al hermoso edificio de apartamentos, en aquel barrio residencial donde vivía la mayor parte de los jugadores del «Wandenberg».

Pero, cuando se disponía a girar en una hermosa plaza llena de árboles y plantas, para aparcar ante la puerta de la casa donde vivía Hans, vio salir a este, y con paso precipitado dirigirse hacia el magnífico Mercedes deportivo que poseía. Ulrich se dispuso a seguirle.

El viejo entrenador olfateaba algún misterio que Hans ocultaba. De ninguna manera, sin embargo, se hubiera inmiscuido en los asuntos personales de sus muchachos; por eso, sin hacerse preguntas, se colocó detrás del coche de Hans, dejando un par de vehículos entre medio para no ser descubierto, siguiéndole a lo largo de la autopista central que el joven había tomado a toda velocidad, dirigiéndose hacia las afueras de la ciudad.

Losser tuvo que exigir a su viejo Opel un esfuerzo superior a lo que de él pedía corrientemente, acelerando a fondo para no perder de vista al velocísimo Mercedes, de color blanco, que le llevaba una sustancial delantera.

Finalmente, le vio penetrar en el recinto del Hospital Central.

Frunciendo el ceño, reduciendo la marcha, sabiendo que ahora ya no podía escaparse su presa, cuando bajó de su vehículo, vio el coche de Hans en un aparcamiento, dirigiéndose entonces hacia la amplia entrada del edificio hospitalario.

Momentos después, ante la recepcionista, una linda enfermera

de cabellos pelirrojos y carácter aparentemente muy serio, preguntaba por el jugador.

—Se encuentra en el servicio de oncología —dijo la muchacha con gran amabilidad—, allí está en tratamiento su esposa, señor.

—Lo sé —mintió Losser—, soy un tío suyo y acabo de llegar de Berlín. Ya sé que mi sobrina está enferma. Pero me interesaría muchísimo, se lo aseguro, hablar con el doctor que se cuida de ella.

—Es el doctor Runter.

—¿Tendría la amabilidad de decirle que está aquí el tío de la esposa de Hans?

—Con mucho gusto.

Cuando diez minutos después, la recepcionista le indicó el piso en el que estaba situado el despacho del doctor Runter, Losser experimentó una sensación extraña, como si estuviera cometiendo un gran pecado. Pero había tomado una determinación y nada ni nadie le haría retroceder. Momentos más tarde, tras haber estrechado la mano del doctor Runter, se sentaba en el cómodo sillón que el médico le había indicado. Runter le explicó, con todo detalle, lo que había acontecido con Klara. Le habló del pequeño tumor y de las grandes posibilidades que había de curarlo definitivamente. Ulrich le escuchaba con atención y cuando el médico terminó de hablar, formuló la pregunta que le estaba quemando los labios:

—¿Todo eso cuesta muchísimo dinero, no doctor?

—En efecto, señor —dijo asintiendo con la cabeza—, como usted sabe, los jugadores de fútbol no están incluidos en la seguridad social. La bomba de cobalto es un aparato carísimo y el tratamiento lo es de igual modo. Pero, por el momento, si esto ha de causarle alguna satisfacción, quiero decirle que su sobrino va abonando puntualmente las cuotas y facturas que se le envían.

—Comprendo.

Hubo un corto silencio.

Después, Ulrich, mirando con fijeza al médico preguntó:

—¿Qué cantidad es la que falta por pagar?

El médico reflexionó unos instantes.

—No soy yo el encargado de la parte económica del hospital —dijo, sonriendo—, pero, puede calcularse en unos veinticinco mil marcos lo que queda por pagar.

Sin una palabra, Losser echó mano a su cartera, sacó el talonario de cheques y, habiendo cogido una de las plumas del escritorio del doctor, extendió un cheque por la cantidad que el médico acababa de formular, tendiéndoles el papel.

—Así queda todo arreglado, ¿verdad, doctor?

Runter le miró con curiosidad.

—Aunque le parezca mentira, adivino sus motivos, señor Losser.

Ulrich frunció el ceño.

—¿Cómo conoce usted mi nombre?

La sonrisa se amplió en los labios del médico.

—¿Quién no conoce el entrenador del «Wandenberg»? He visto su foto docenas de veces y le he visto, en el foso, en la pantalla de televisión, en todos los partidos que el «Wandenberg» lleva jugados hasta ahora. Ha de saber, señor Losser, que yo soy un gran aficionado y partidario acérrimo de su equipo.

Un poco de rojo subió a las mejillas del viejo entrenador.

—Entonces lo del tío…

—No me engañó usted un solo instante, señor Losser. En cuanto le vi le reconocí. Pero vuelvo a decir que comprendo, aunque no del todo, sus propósitos. En mi juventud yo también jugué al fútbol. Y me he enterado de ciertas cosas que, aunque no ha lugar ahora de discutirlas, me han preocupado tanto como a usted.

Los dos hombres se miraron, sabiendo que se comprendían perfectamente.

Momentos después, Losser bajaba en el ascensor, yendo a situarse al lado del vehículo de Hans donde se decidió a esperar que el jugador saliera de la clínica.

* * *

—No, no insistas, no quiero beber.

El manco esbozó una sonrisa.

—También me alegro de que no lo hagas, Losser. En estos últimos tiempos, empinabas el codo como nunca lo habías hecho. Un viejo deportista como tú se ha cuidado siempre y ha tenido especial atención en vigilar su cuerpo. A pesar de tus años serías todavía capaz de jugar en medio tiempo en un partido, ¿no?

—Creo que sí —sonrió a su vez Ulrich—. Bueno, como leo en tus

ojos que estás interesado por lo que ha ocurrido hoy, puedo decirte que me he apuntado el primer tanto.

—¿De veras?

—Sí. Déjame que te explique —dijo Ulrich con un brillo nuevo —. Primero hablé con el doctor Runter, pagándole la totalidad de la factura. Puesto que has de saber que la pobre esposa de Hans tiene un pequeño tumor en la mama, aunque afortunadamente carece de importancia. Ya sabía yo que Hans no iba a lanzarse como una fiera a conseguir goles por dinero, a menos que tuviera un motivo importante que le impeliese hacerlo.

—¿De veras que no es grave lo de Klara?

—En absoluto. Cuando salió del hospital le habló con toda franqueza. Creo que estuvo a punto de llorar. Los chicos ganan dinero, pero las facturas del hospital eran muy importantes. Por eso las he pagado yo.

Hans abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Eres tan rico, Ulrich?

El otro se encogió de hombros.

—Soy simplemente un viejo, Hans. No tengo gastos. Tampoco se me ha subido a la cabeza el dinero que ahora gano. Eso es exactamente lo que le dije a Hans. Todavía me queda dinero suficiente para ayudar a algún otro muchacho, si verdaderamente tuviese necesidad de ello. Pero creo que no me equívoco. Ni Lukas ni Otto tienen a sus esposas enfermas. Hay un misterio detrás de cada uno de esos muchachos y me dispongo a descubrirlo.

—¿Y qué me dices de Volasky?

—El polaco no me preocupa en el mismo aspecto. Una vez que tengo a Hans en las manos, quiero conseguir lo mismo con Lukas y Otto aunque hay algo en mi interior que me dice que va a ser muchísimo más difícil que con Hans.

El tabernero notó que su amigo había cambiado por completo. Un brillo de entusiasmo lucía en sus ojos como si ya tuviese en la mano, tal y como él decía, al equipo tal y como había sido siempre. Un grupo de jóvenes entusiastas, capaces, como fueron, de ascender desde la nada hasta el alto puesto que habían conseguido.

CAPÍTULO VI

No le salieron las cosas a Losser como él quería. El tiempo se le echó encima, impidiéndole hacer las dos visitas que había previsto. La proximidad del partido que se jugaba, esta vez en el campo del «Wandenberg», hizo que tuviera que dedicarse de lleno a los entrenamientos, sin tener la menor oportunidad de hablar personalmente con Lukas y con Otto. Además, se había propuesto no hacerlo durante los entrenamientos ni en el campo, prefiriendo ir a sus respectivos domicilios para poner las cosas en claro.

Había en el público que llenaba los graderíos, aquel domingo por la tarde, una especie de malestar que flotaba en el aire. Tras la derrota ante el «Nuremberg», los aficionados del «Wandenberg» esperaban que su equipo demostrara, una vez más, su indudable superioridad. Pero había sus más y sus menos.

Con la excepción del grupo numeroso de hinchas que razonaba muy poco, la mayor parte de los aficionados del «Wandenberg» habían observado, con disgusto, aquel juego individualista que, si bien era una verdadera filigrana en algunas ocasiones, no podía constituir una táctica continua en el conjunto y mucho menos llevarlos al liderazgo de la Liga que se estaba jugando en Alemania Federal. No sorprendió, por lo tanto, a Losser, que cuando el «Wandenberg» saltó al césped, se oyesen algunos silbidos. Era completamente natural.

Y aquello satisfizo al viejo entrenador, ya que deseaba que los aficionados experimentasen la misma sensación que él había sufrido en los últimos tiempos. Estaba tranquilo, seguro de adivinar cuál sería el resultado de aquel encuentro.

Iba a ser la primera derrota del «Wandenberg» en su propio terreno. Así ocurrió.

A pesar de haber marcado dos tantos en el primer tiempo, los dos por jugadas personales, una de Lukas y otra de Otto, no marcándose más goles en la primera mitad, el «Halle», el equipo visitante, se impuso de manera completa en la segunda parte,

coordinando un juego de combinación, imitando lo que había hecho el «Nuremberg» el domingo anterior, consiguiendo, uno tras otro, los cinco goles que le dieron la victoria.

Si alguien hubiera podido observar al entrenador en el foso, se habría asombrado de la tranquilidad con que siguió las incidencias del encuentro. Sin la menor alteración en su rostro, sin asomo de nerviosismo, comprobó una vez más las consecuencias fatales de la política «económica» que había impuesto el señor Dormein.

Sin embargo, le ocurrió algo curioso. En el transcurso del encuentro tuvo tiempo de reflexionar, sorprendiéndose de no haber pensado en algo tan importante hasta aquel momento. La sola idea de que estaba en lo cierto, le hizo estremecerse. Pesó los pros y los contras, con mucho cuidado, sin dejarse llevar por ninguna ilusión y mucho menos por una certeza. Pero era algo muy interesante, sorprendente hasta el punto que se le heló la sangre en las venas al pensar que aquello podía ser cierto.

Hombre frío, Losser llegó a la conclusión de que debía investigar aquel punto a fondo.

De todos modos, por el momento, se imponía la visita a las casas de los dos delanteros. Pero, al mismo tiempo se prometió con toda firmeza empezar a investigar lo que, por verdadero milagro, había descubierto.

Al principio, le pareció monstruoso; pero, después de reflexionar largamente, sin hacer apenas caso a lo que ocurría en el campo, se dijo que la vida había evolucionado mucho, que los tiempos habían cambiado y que, lo más importante, la gente, había perdido por completo su decencia.

Desde el final de la guerra, a medida que Alemania iba progresando de manera fulgurante, convirtiéndose en una de las potencias económicas más fuertes del mundo, el amor al dinero había ido invadiendo los corazones de los germanos.

Poco importaba la clase social que fuera, en todas ellas, de manera perfectamente clara, había ido instalándose la ambición como único objetivo de la existencia.

¿Por qué extrañarse de ello?

Una triste sonrisa se pintó en los labios de Losser.

Si así eran las cosas no por eso se tenían que aceptar.

Él había hecho nacer el «Wandenberg» y su obligación era la de

defenderlo en contra de cualquier cosa que pudiera desintegrar aquel grupo de hombres a los que había educado, con paciencia y sacrificio, desde el principio.

Procuró, al final del partido, en los vestuarios, mostrarse risueño, conforme con el resultado, como si quisiera demostrar con ello que ya lo esperaba. Fuera de la cólera que reinaba en la mayor parte del equipo, pudo observar, que los más tranquilos eran, precisamente, Lukas y Otto. Ello le demostraba, de manera palpable, que eran solo los mecanismos de los intereses en ganar dinero lo que guiaban a aquellos dos muchachos que, en otros tiempos, habían sido tan desprendidos como el resto del equipo.

Nada más penetrar en el piso de Otto, el entrenador sufrió un choque emocional.

Imaginaba un poco la manera en que vivían los jugadores del «Wandenberg», pero el lujo, verdaderamente asiático y disparatado que reinaba en el hogar de Otto le dejó boquiabierto.

Su primera sorpresa fue la de verse acogido por un mayordomo estirado, enfundado en un traje verde oscuro, que lo condujo directamente a una sala de recepción diez veces mayor que el pequeño piso que habitaba Losser en el barrio de Altona.

Todo respiraba allí riqueza y lujo; más que eso, suntuosidad.

Tuvo que esperar más de diez minutos, dedicándose a observar la riqueza de los muebles, la belleza de los cuadros que colgaban de las paredes, la filigrana de un jarrón chino, claramente auténtico, que había sobre una consola situada en uno de los rincones de la inmensa sala. Todo aquello debía de haber costado una verdadera fortuna y era fácil explicarse muchísimas cosas…

Cuando las puertas deslizantes y corredizas que estaban frente a él se abrieron, apareciendo la esposa de Otto, Ulrich Losser se puso precipitadamente en pie. No tuvo más que mirar a los ojos de aquella mujer, para comprender, sin dificultad, de dónde venía la ansiedad de dinero de Otto.

Erika tenía el aspecto de una reina. Todo en ella respiraba elegancia y finura. Llevaba un traje sastre de corte atrevido, de color azul pálido y un collar de diamantes rodeaba, ciñéndose a su cuello, la piel blanca de su cuerpo. Llevaba un par de pulseras, de gran precio, así como un anillo, un solitario con un gran brillante, que lanzaba vivos reflejos en cuanto movía la mano.

—¡Qué sorpresa! —exclamó ella con una voz aguda y nada normal—. Creo que no los habíamos visto desde mi boda, señor Losser.

—En efecto, señora. ¿Y Otto?

—Ha salido hace un rato. Pero no tardará en volver. ¿Ocurre algo malo, señor Losser?

El entrenador denegó con la cabeza.

—No, señora. Todo va perfectamente bien. Lo único que deseo es hablar un rato con Otto.

—Comprendo. ¿Qué puedo servirle para beber? —inquirió ella con un mohín.

—Nada, muchas gracias. Pero, no quisiera importunarla. Puedo esperar aquí hasta que Otto regrese.

El timbre musical del piso sonó en aquel instante y, momentos después, entró Otto en salón, con un paquete bajo el brazo.

—Espero que este jarrón te guste, querida…

Se detuvo al ver a Ulrich, y fue como si su rostro mudara de expresión en un corto instante, ya que una rápida sombra de descontento pasó por su cara desapareciendo de inmediato, para dejar el lugar a una sonrisa visiblemente forzada.

—¡Ah, está usted aquí, Losser!

—Sí, quiero hablar contigo, si es posible.

Erika se adelantó hacia su esposo, cogiéndole el paquete de las manos.

—Voy a ver el regalo que me has traído, querido. Así podrán ustedes hablar con toda tranquilidad.

Siguiendo a su mujer con la mirada, Otto esperó a que desapareciera tras la puerta corrediza, yendo a sentarse junto al entrenador.

—Debe tratarse de algo grave, Losser, para que haya venido a mi casa. Si mal no recuerdo, esta es la primera vez que viene a visitarme.

—Ya sabes que no soy de los que andan zascandileando de un lado para otro, muchacho —dijo Ulrich—. Claro que tenía que haber una causa importante para venir a tu casa. Y la hay.

—¿De qué se trata?

—Es una cosa que tiene que quedar entre nosotros, Otto… ¿De verdad que tu mujer no nos puede oír? —dijo Ulrich haciendo un

signo hacia la puerta.

—No, no se preocupe, Losser. Erika está al otro lado del piso. Y el apartamento es muy grande.

Ulrich hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ya lo he visto. Un verdadero palacio. Te felicito, muchacho.

—Gracias.

—Bueno, vayamos a lo nuestro. Pero espero que esto quede entre nosotros. No quisiera que nadie conociera mis… vicios. Y no quiero dar más rodeos. Me encuentro en un serio aprieto, muchacho. Debo casi sesenta mil marcos.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Cosas de viejo, ¿qué quieres? Durante toda mi vida jamás había tocado un naipe. Y ahora, desde que las cosas nos van un poco bien, me he aficionado al juego.

Otto se había puesto muy serio.

—Naturalmente —siguió diciendo Losser—, puedes decir que me vaya al diablo y que me arregle con mis deudas. Lo comprendería perfectamente y no te guardaría rencor alguno. Pero ha sido pensando en los buenos tiempos que hemos pasado juntos, con aquel cúmulo de dificultades que se nos echaba encima a cada primero de mes, lo que me ha impulsado a llamar a una puerta del que yo considero como un amigo.

—No dude de que lo soy.

—De eso estoy seguro. Pero comprendo que ahora estás casado, que tienes muchos gastos, que un piso como este cuesta un montón de dinero y que tus obligaciones sociales te obligan a emplear hasta el último marco que ganas.

—Eso es cierto. Lamentablemente cierto…

—Por eso es como si no hubiera venido, Otto. Quizá algún otro muchacho podrá ayudarme. Como comprenderás, me he dirigido a los que más dinero manejan. A los de la delantera. No he visto más que a Hans, que ha prometido ayudarme.

—Yo también lo haré.

—No importa nada, por el momento, tener ese dinero que necesito tan urgentemente. Por eso me había forjado un plan que voy a exponerte para que después de oírlo me digas lo que te parece.

—Le escucho.

—Verás, como le he dicho a Hans, y pienso decirle a Lukas, convendría que cada uno de vosotros metiese dos goles el próximo domingo. Fuera como fuera. Desde luego, no de manera individual, ya que habéis visto lo que arriesgamos. Sino como antes, combinando las jugadas. Con dos domingos jugando de esa manera, me procuraríais el dinero que necesito, no solamente para pagar mis deudas, sino para estabilizarme un poco. Si no puedo conseguirlo, voy a hacer una cosa muy sencilla…

—¿El qué?

—Me pegaré un tiro, Otto.

* * *

Días antes del partido que debía jugar el «Wandenberg» contra el «Kassel», en el campo de este último, la prensa deportiva de Alemania y de algunos otros países de Europa, consideraban el caso del «Wandenberg» como un caso perdido. La maravillosa trayectoria que había seguido el equipo de la ciudad de Hamburgo, desde el comienzo de la Liga, se había truncado a partir de su encuentro con el «Nuremberg», amenazando que empezasen a apuntarse los puntos negativos en la tabla de clasificación en la que el «Wandenberg» ocupaba ya el sexto lugar.

Por el contrario, el «Nuremberg», que ocupaba la cabeza de la clasificación, seguido de cerca por el «Colonia», con dos positivos menos, era para toda la afición alemana el indudable campeón.

Dos días antes de que el equipo se pusiera en marcha para ir a la ciudad de Kassel y jugar el partido que le tocaba, Losser, después de un entrenamiento, reunió a los muchachos en el vestuario, tras la correspondiente ducha, haciéndoles sentar como en los antiguos tiempos, en el suelo, sentado él a horcajadas, en una silla, en el centro que formaban los jugadores suplentes.

Antes de empezar a hablar, Ulrich paseó una mirada atenta por los rostros de los miembros de la delantera, comprobando que tanto Hans como Lukas y Otto, bajaban los ojos, manifestando así que habían guardado el secreto que les había confiado.

—Es muy posible —empezó diciendo—, que la decisión que he tomado os sorprenda y hasta irrite a alguno de vosotros. De todas maneras, sigo siendo el entrenador del equipo y tengo el mando

suficiente para organizar la alineación como lo crea conveniente. ¿No es cierto?

Todos asintieron con la cabeza.

—No creo que la determinación que voy a tomar vaya a despertar envidias. Sería absurdo. Me conocéis lo suficiente como para saber que os aprecio a todos He la misma forma. Pero en vista de la marcha de los acontecimientos y del equipo con que vamos a enfrentarnos el domingo próximo, creo conveniente hacer algunas variaciones, que considero de la mayor importancia…

Leyó en los ojos de los asistentes una atención reconcentrada y una curiosidad que aumentaba por momentos.

—La medida importante se refiere a Lukas y Volasky. Voy a intercambiar vuestros puestos, muchachos. Es decir, Lukas pasará a ser extremo izquierdo y Volasky ocupará el lugar de delantero centro.

Leyó el asombro en los ojos de Lukas y también en los de Otto y Werner, pero no hizo caso alguno de aquellas manifestación por parte de los tres delanteros, añadiendo con voz firme:

—Naturalmente, ese cambio se hace para desorientar un poco a los del «Kassel». Lukas proseguirá llevando a cabo el juego que él sabe mientras que Volasky, no acostumbrado a jugar en el centro, manifestará un ímpetu tremendo haciendo pensar a nuestros adversarios que este cambio se hace para pasar las más veces posibles a nuestro amigo polaco, cuya velocidad de carrera, como extremo que es, puede producir los frutos apetecidos.

Esbozó una tenue sonrisa.

—La otra noticia, amigos míos, es que no voy a estar presente en el encuentro. Un viejo amigo mío, que no es entrenador pero que entiende de fútbol tanto como yo, un hombre llamado Hans, se sentará en el foso para seguir allí el encuentro. Es un hombre de toda confianza, al que todos conocéis, ya que es el manco de aquella taberna donde tantas veces hemos brindado en los viejos tiempos con cerveza de ínfima categoría, celebrando los triunfos que íbamos consiguiendo.

Lanzó un suspiro, poniéndose en pie.

—Eso es todo, chicos. Espero que os portéis como siempre. Y aunque solo algunos de vosotros vais a entender las palabras que voy a pronunciar ahora, sabed que os estoy profundamente

agradecido. Y podéis estar seguros os doy mi palabra de honor, de que si seguís mis instrucciones al pie de la letra, el «Wandenberg» será uno de los mejores equipos de Europa.

El «Kassel», que ocupaba el tercer puesto en la tabla de clasificación, aspiraba a mucho más. Su entrenador, Hermann Runger, había preparado un conjunto de primera categoría. La prensa deportiva hablaba del «Kassel» como de un enemigo terrible para el «Nuremberg», ya que el «Wandenberg» había pasado, en la opinión general, a un segundo lugar.

Nadie dudaba de una victoria del «Kassel».

Y como prueba evidente de que el ambiente general descartaba toda posibilidad de victoria al «Wandenberg, el público de la ciudad de Kassel tuvo la alegría de saber, horas antes del encuentro, que solo habían llegado un pequeño grupo de hinchas del «Wandenberg», lo que hizo posible que muchas de las localidades que tenían que haber sido cedidas a los aficionados del «Wandenberg», se encontrasen libres, cosa que permitió una mayor afluencia de partidarios del equipo local.

La expectación era extraordinaria.

Todo el mundo sabía que si el «Wandenberg» perdía este encuentro, cosa casi segura, los números negativos empezarían a anotarse en su tabla de clasificación, lo que significaba que el equipo, por muchos esfuerzos de hiciera, no podría conseguir jamás llegar al liderazgo.

Los muchachos del «Wandenberg», a los que acompañaba excepcionalmente Hans, el tabernero, se entrenaron aquella misma mañana, aunque no por mucho tiempo, mostrándose reservados y hasta un poco torpes ante los enviados de la prensa y de la televisión que tomaron algunas escenas de aquel entrenamiento, calificándolo unánimemente en los periódicos y en la emisión de aquella misma mañana en la televisión, así como en la radio, de tremendamente aburrido.

La imagen de un «Wandenberg» que se desplomaba rápidamente era ya motivo de crítica general.

De no haber sido por el interés que el «Kassel» y sus seguidores tenían en obtener una rotunda y aplastante victoria sobre el equipo visitante, el campo hubiera estado mucho menos lleno de lo que estaba. Esta vez, ni siquiera el gran locutor de la radio alemana,

Alfred Kümer, estaba presente, habiendo delegado su función en un personaje secundario, también de ágil palabra, pero bastante inferior a él.

Mientras, como ya era costumbre, una banda local amenizaba el tiempo que precedía al comienzo del partido, el locutor, ayudante de Kümer, tras comentar al alineación del «Wandenberg», señalando él cambio que el entrenador Losser había efectuado en su conjunto, colocando a Lukas en un extremo y pasando al polaco Volasky al puesto de delantero centro, anunció:

—No creemos que los cambios llevados a cabo por Ulrich Losser puedan modificar el resultado de este encuentro. Pasemos ahora a decir que el entrenador del «Kassel», Hermann Runger, ha determinado la siguiente alineación, que acaba comunicarnos: portero, Almain. Trío defensivo: Funker, Lamb y Streig. Medios: Munt y Olkeer. Delantera: Burk, Trimer, Zelle Gung y Darmann.

Y tras una pausa:

—Si como todos esperamos, la victoria del «Kassel» se lleva a cabo, la postura de este equipo, en cuanto a los puntos, incluso si gana el «Colonia» en su propio campo, le situaría en segundo lugar de la clasificación. Esperemos que el entrenador del «Nuremberg», que va a la cabeza de la clasificación, meditará mucho ante el resultado del encuentro al que vamos a asistir. El «Nuremberg» juega hoy con el Maguncia, de lo que puede adivinarse una victoria fácil del primero. De todos modos, volviendo a hablar del «Wandenberg», no creo que haya nadie en el país que dude un solo instante en que este equipo ha dejado de ser una preocupación para los demás conjuntos de la Liga.

Quien estaba verdaderamente nervioso era Hans, en el foso, no por primera vez, ya que había acompañado algunas veces, en el campo del «Hamburgo», a su amigo Losser. Sentía sobre sus espaldas una tremenda responsabilidad. Antes de despedirse de él, Ulrich había hablado largamente, y el manco se preguntaba, angustiado, si su amigo no iba a cometer el error más grande de su vida. En el fondo, Hans amaba a aquel equipo, con el que había convivido las horas de los difíciles comienzos, esperando a los muchachos después de cada encuentro, para invitarles a cerveza, mezclada con limonada, para que el alcohol no se subiera a la cabeza de los vencedores. Como era de esperar, tras la salida al

campo de juego del «Kassel», que fue recibido con una estruendosa ovación, se dedicaron al «Wandenberg» algunos aplausos y muchos pitidos.

El ambiente estaba caldeado.

Una infinidad de banderas con los colores del «Kassel» ondeaban en los grádenos, mientras una minúscula isla con los colores de «Wandenberg», en la parte izquierda del estadio, se veía apenas.

Tras proceder al sorteo, correspondió al «Kassel» elegir campo y por la lo tanto, al «Wandenberg» le tocó sacar.

Volasky cedió a Hans. Este pasó a Werner, quien avanzó a lo largo del campo con su velocidad habitual, coordinando el juego con una delantera que estaba perfectamente unida, no como los últimos tiempos. Werner centró a tiempo, recogió Hans, pasó a Volasky, quien, a su vez, cedió a Otto. Se adelantó Otto, burlando a uno de la defensa contraria, para ceder en corto a Lukas quien, sin detenerse, chutó de manera impresionante, marcando el primer gol del encuentro.

La sorpresa de aquel tanto a los dos minutos exactos de comenzado el encuentro, fue como una ducha fría en los espectadores partidarios del «Kassel».

Fuera de los pocos aplausos que brotaron del grupo minúsculo de seguidores del «Wandenberg», el campo entero guardó un completo y absoluto silencio.

Avanzó el «Kassel», después de sacar de centro.

Fuertemente acosados por la defensa del «Wandenberg», los delanteros Trimer y Zelle se vieron obligados a llevar la pelota hacia atrás, confiando a los medios, Munt y Olker, la conservación del esférico mientras que la delantera se iba colocando en posición de punta dispuestos al ataque definitivo.

Pasó Olker al extremos Darmann este centro sobre la tripleta central de la delantera.

Recogió con la cabeza Trimer, pasó en corto a Zelle, pero cuando este iba a disparar, sé interpuso Kramer, despejando en bolea, haciendo que el balón, después de describir una impresionante parábola, cayese a los pies de Meix, el medio del «Wandenberg».

Meix no perdió un solo instante, adelantando el esférico hacia Volasky, que, a una velocidad impresionante, haciendo que el

público se pusiera en pie, cruzó la mitad del campo, burló el asalto de Olker, después de Trimer, que se había retrasado muchísimo, y al encontrarse ante Lamb y Streig cedió a Hans, que iba cerca de él y quien, después de correr un poco, volvió a pasar la pelota al polaco que, en posición envidiable chutó bajo, rasante, colocando el esférico por el ángulo izquierdo de la meta defendida por Almain.

El público empezó a enfurecerse. Era evidente que nadie esperaba una reacción como aquella. Pero, ante los ojos atónitos de los espectadores, el «Wandenberg» volvía a ser el de los viejos tiempos. La coordinación entre los jugadores era perfecta. Y, en cuanto a la delantera, terminado para siempre el individualismo, el juego se bordaba en cada intervención de los cinco muchachos, sorprendiendo especialmente las intervenciones de Volasky que, a una velocidad tremenda, se encontraba en todas partes al mismo tiempo.

El tercer tanto fue obra de Hans, tras un pase precioso de Volasky que, sirviéndose de su cabeza, puso el esférico en los pies del delantero, quien fusiló materialmente a Almain.

Habían transcurrido solamente veinte minutos desde la iniciación del partido.

Cuando sonó rabiosamente el teléfono en el pequeño y modesto apartamento de Losser, en el barrio de Altona de Hamburgo, el entrenador estaba siguiendo las incidencias del partido, junto a un aparato de radio, ya que aquel encuentro no pasaba, en aquel domingo, por la pequeña pantalla.

Bajando el sonido, con una sonrisa burlona a flor de labios, Ulrich descolgó el aparato:

—¿Diga?

—Soy yo, Dormein.

—Buenas tardes, señor Dormein.

Ulrich había notado enseguida el tono áspero de la voz del protector y mecenas del «Wandenberg».

—¿Qué significa ese cambio que ha llevado usted a cabo en la delantera de nuestro equipo? —inquirió ásperamente.

—Lo creí conveniente, señor Dormein. Hubiera ido a comunicárselo, pero como usted sabe me encuentro un poco enfermo y he tenido que quedarme en Hamburgo, confiando a un amigo mío la vigilancia del nuestro equipo.

—Debería usted habérmelo comunicado, al menos por teléfono.

—¿Es que no ha leído usted la prensa deportiva en estos días?

—¿Cree usted que tengo tiempo que perder de esa manera? Estoy muy descontento con usted, señor Losser, y no voy a consentir que se modifique en absoluto la alineación del equipo. Después de todo soy yo quien pago todo.

—Lo sé, señor Dormein —dijo Losser con una voz muy dulce—. Pero yo he creído siempre que en las atribuciones de un entrenador está la de decidir la alineación de su propio equipo.

—¡Déjese de bobadas! Creo haberle dicho antes que soy yo quien mando. Y puesto que es así, deseo que elimine usted a Volasky, no solamente del puesto de delantero centro que usted le ha otorgado sino del equipo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no quiero que Volasky juegue ni un solo partido más en nuestras filas.

—¿Puedo saber por qué, señor Dormein?

—Esto no es asunto suyo. ¡Ya sabe lo que tiene que hacer si quiere conservar su puesto! Adiós.

Y colgó.

CAPÍTULO VII

El primer tiempo del partido había concluido.

En el marcador se señalaba claramente, de manera ofensiva para los miles de partidarios del equipo local, el resultado de aquella primera parte que era de cuatro a cero a favor del «Wandenberg».

El campo hervía de indignación.

Todo el mundo imaginaba al entrenador del «Kassel», Hermann Runger, reunido con sus muchachos en el vestuario, tomando las medidas pertinentes, no solo para igualar el tanteo, sino para aplastar rotundamente a aquel «Wandenberg» que, en contra de todas las previsiones, estaba ganado de manera tan ostensible.

Por su parte, Hans, el manco, estaba pasando los momentos más deliciosos de su vida, charlando con los muchachos del «Wandenberg» en los vestuarios, dando palmaditas a diestro y siniestro, contento como un niño con zapatos nuevos.

Pero no dijo a nadie lo que estaba pensando.

Recordaba lo que Losser le había contado, percatándose ahora de que el viejo tenía toda la razón.

Pero, de todas formas, aunque Ulrich había conseguido que la delantera volviese a funcionar como antes, incluso mejor, Hans no podía creer en todo lo que el entrenador le había contado. Y aunque conocía la maldad humana, el espíritu de venganza que afecta a la mayoría de los hombres, no podía comprender que lo que Losser le había contado fuese cierto.

Cuando salieron los equipos y se alinearon, dispuestos a iniciar la segunda parte, no se observó variación alguna en las alineaciones de ambos conjuntos. Pero, cuando se sacó del centro, los espectadores notaron que el «Kassel», siguiendo con toda seguridad las instrucciones de su entrenador Runger, se había dividido en dos partes. Una de ellas, la defensa, se había engrosado con la presencia de Munt, uno de los medios, que se había incorporado a la tripleta defensiva. Por otra parte, la delantera gozaba ahora de otro de los medios, Olker, reforzando así la punta de lanza del ataque del

equipo.

Era una táctica hábil, perfectamente móvil, adaptándose a cualquier circunstancia que se presentase, ya que se habían reforzado, al mismo tiempo, la defensa y la delantera, el producto de esa inteligente táctica se tradujo, a los diez minutos de juego, en un gol imparable, tirado por el delantero centro Zelle, que batió con bastante facilidad la meta protegida por Mütter.

No por eso se arredraron los muchachos del «Wandenberg».

A saque de centro, Volasky pasó a Otto quien despejó hacia Lukas. Lukas corrió por la banda, siendo acosado por dos contrarios, viéndose obligado a ceder la pelota a Otto que, sin pararla pasó de nuevo a Volasky.

Y una vez más, aquella especie de gacela, surcó el césped como una exhalación hacia la portería contraria. Más, en este caso tenía cuatro defensas delante de él, lo que hacía imposible colarse entre ellos.

Volasky no se inmutó. De una larga bolea, pasó a Werner, el extremo derecho, que corrió por la banda hasta casi el ángulo del córner, lanzando después una magnífica bolea, que recibió Hans con la cabeza, bajando el esférico para colocarlo exactamente en los pies del polaco. Este, tras hacer una finta como si se dispusiera a pasar de nuevo a Werner, chutó con una potencia increíble.

A pesar de haber tocado la pelota con la punta de los dedos, el meta Almain tuvo que dejarla pasar, marcándose así el primer gol del segundo tiempo.

El resultado era de cinco a uno.

Diez minutos más tarde, un nuevo gol del «Wandenberg». El público empezó a convencerse de que aquel equipo procedente de Hamburgo, que tantos triunfos había cosechado, volvía a ser no solo el de siempre, sino algo superior: un verdadero equipo con una coordinación perfecta que dejaba pocas, poquísimas esperanzas al «Kassel».

Un apabullante siete a uno fue el resultado total de aquel histórico encuentro.

* * *

A Ulrich le temblaba un poco la mano cuando la alzó para

oprimir el timbre de la puerta.

El piso, aunque nuevo, era muchísimo más modesto que el de los demás jugadores del «Wandenberg» e indudablemente, unas choza al lado del que poseía Otto.

La mujer que abrió la puerta al entrenador del «Wandenberg» era delgada, esbelta, con los cabellos canosos, pero guardando, a pesar de la edad, una reliquia de una belleza que debía haber sido francamente insuperable.

—Soy Ulrich Losser, señora Volasky —dijo Ulrich con una voz que temblaba un poco.

Ella le sonrió con amabilidad.

—Le conozco, por foto, señor Losser. Tenga la amabilidad de pasar, por favor.

Mientras ella iba a preparar un poco de café, Losser se sentó en el comedor, que estaba decorado con buen gusto, pero exento de la riqueza que había podido apreciar en las casas de los jugadores que había visitado. Esa modestia le causó una sensación turbia, que no pudo precisar. Porque, frente al aspecto de aquel piso, el de su dueño hacía recordar habitaciones suntuosas, escaleras de mármol, salones ricamente alfombrados…

Se llamaba Ludmila, y el nombre le venía como anillo al dedo. Guardaron silencio mientras tomaban el café a pequeños sorbos, observándose mutuamente. Era como si ambos se percataran de la importancia de aquella entrevista.

Para Ulrich, había aún mucho misterio en aquel asunto. Y solo la mujer que tenía enfrente podría disipar definitivamente sus dudas.

Primero hablaron del hijo, complaciéndose Ulrich en relatar a la mujer todas las hazañas que Volasky había llevado a cabo. Sus cálidas palabras encendieron un brillo de intenso amor maternal en los ojos de ella.

Pero luego, bruscamente, como si se hubieran puesto tácitamente de acuerdo, él se calló y Ludmila empezó a hablar, lentamente, con los ojos entornados, la visión lejana, como si contemplara el tiempo pasado desde la cima del presente.

A medida que la mujer relataba hechos que Losser sospechaba, pero que nunca hubiese logrado adivinar por entero, el entrenador sintió, al mismo tiempo, tristeza y alegría. Iba comprendiendo muchas cosas. Entre ellas, cómo el rencor puede deformar el

corazón de un hombre que no sabe perdonar.

Cuando, finalmente, ella se levantó para ir a buscar un viejo álbum de fotografías, extendiéndolo sobre la mesa que la separaba de Losser, Ulrich, sin saber por qué, sintió un intenso temblor en las manos cuando se decidía a abrir el álbum.

No se equivocaba.

La foto del hombre, que aparecía en una de las páginas, le hizo estremecerse de pies a cabezas.

El hombre llevaba un uniforme del ejército alemán y sonreía a la cámara mientras que su brazo izquierdo pasaba amorosamente sobre los hombros de Ludmila.

Tras haber examinado todas las fotos, Ulrich cerró el álbum.

—¿Lo comprende usted ahora, verdad?

Ulrich asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. No sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí, señora; es decir, lo que ha hecho por todos nosotros, especialmente por su hijo.

—No sé lo que se propone usted hacer, señor Losser. Mi hijo me ha hablado siempre de usted, después de cada partido, después de cada entrenamiento. Le conocía como si le hubiera visto. Desde los viejos tiempos ha hecho usted mucho, muchísimo, por esos muchachos. ¡Dios le bendiga!

* * *

Retirando de sus labios el habano que estaba fumando, Klaus von Dormein alzó la mirada y, con una sonrisa en los labios, miró a su secretario, Franz Alten.

—¿Vio usted anoche el partido?

—Desde luego que sí, señor.

—Fue estupendo. Volvemos a ganar. Si hubiera escuchado las estúpidas ideas de Losser, estaríamos en la cola de la clasificación. Pero ya sabe usted lo que son esos entrenadores: se creen infalibles. Es su peor pecado. ¿Sabe que se negaba a retirar a Volasky?

—Ya me lo comentó usted.

—¡Qué idiotez! Ulrich estaba convencido de que si el polaco salía de la delantera, todo el equipo se iba a venir abajo. Tuve que imponerme, después de todo yo soy quien pago las facturas, ¿no es

cierto?

—Desde luego, señor.

—Además, ya ha podido usted comprobarlo. Tres partidos sin Volasky y tres victorias rotundas. Estamos todavía muy lejos de llegar a la cabeza de la clasificación; pero, de todas las maneras hemos vuelto a recuperar la forma y eso es lo importante.

Hubo un corto silencio. Después, Alten, mirando con timidez a su poderoso jefe, dijo:

—Tengo anotado aquí que debía recordarle a usted, señor Dormein, la eliminación definitiva de ese polaco.

—Es cierto. No lo he olvidado, Franz. Quiero que me prepare usted una liquidación correcta, sin exageración, pero lo bastante importante como para que ese polaco no pueda decir que nos hemos portado mal con él. Después de todo, el dinero es lo que menos importa. La verdad es que no podía soportar la presencia de ese hombre en las filas del «Wandenberg».

—Le comprendo, señor.

Klaus se echó a reír.

—¡Es divertido! —dijo—. Durante unos instantes, en la última entrevista que tuve con Ulrich, estuve casi seguro de que iba a presentarme su dimisión. No es que me importara demasiado, ya que entrenadores como él los hay a patadas, pero me he informado y sé que los muchachos del equipo le admiran mucho y pensé que sería bueno que siguiera con nosotros, por lo menos para mantener la moral del conjunto.

—Tiene usted razón señor.

Klaus echó una densa bocanada de humo hacia el techo y, sin dejar de sonreír:

—El dinero da el poder, esto es lo más importante, Franz. Cuando se es poderoso, se puede alcanzar cualquier meta.

Estuvo a punto de agregar:

«Y satisfacer cualquier deseo de venganza…» Pero no lo hizo.

* * *

—Dame una copa, Hans. La necesito.

Cogió la botella el manco, al mismo tiempo que dos vasos, yendo a sentarse a la mesa con Losser. Hacía mucho tiempo que

Ulrich no había ido por la taberna. Hans estaba muy serio y, sin ningún comentario, sirvió a su amigo llenándose luego su propio vaso.

—No me gusta lo que has hecho, Ulrich —dijo de repente.

—¿A qué te refieres?

—A esa marranada que le has hecho a Volasky. El polaco era un jugador demasiado famoso para que pudieras eliminarle, como lo has hecho.

—Nadie debe discutir las órdenes de un entrenador —dijo Losser sonriendo.

—¡No me vengas con cuentos! —dijo Hans, siempre serio—. En una de las crónicas de un periódico deportivo que leí hace dos semanas, se decía claramente que no habías sido tú quien eliminó a Volasky, sino el señor Dormein. Parece mentira que un hombre como tú se haya dejado doblegar de esa manera.

Sin decir nada, Losser bebió un corto trago del contenido de su vaso.

—Volasky sigue entrenándose —dijo.

—¡Y qué! Todo el mundo sabe que tarde o temprano vas a echarlo del equipo.

—Te equivocas. Te he dicho que Volasky sigue entrenándose, con mayor intensidad que nunca, ya que volverá a jugar muy pronto.

—¿Cuándo?

Antes de contestar, Losser reflexionó unos instantes.

—No quedan más que dos partidos para que la Liga termine. En contra de lo que todo el mundo esperaba, el «Wandenberg» se ha recuperado de forma magnífica y ocupa ahora el tercer lugar, habiendo adelantado al «Colonia» que iba a la cabeza. Ya sé que no podemos, por mucho que lo queramos, llegar al liderazgo. Pero nos colocaremos en segundo lugar, lo que no está nada mal después de todos los avatares por los que hemos pasado.

—¿Bromeas?

—¿Por qué?

—Porque el próximo partido es justamente contra el «Colonia». Y todo el mundo sabe que van a aplastaros a pesar de que hayáis mejorado bastante.

—Eso es lo que veremos.

Luego, Hans, tras un corto silencio, con los ojos brillantes, preguntó:

—Si no quedan más que dos partidos —dijo—, y el más importante es el que vais a tener el próximo domingo con el «Colonia», ¿cuándo vas a alinear a Volasky?

—Eso es cosa mía.

—Te has vuelto muy raro, Ulrich. No te conozco. Pero ya sabes que no tengo pelos en la lengua. Que haya sido cosa tuya o que hayas obedecido las órdenes de ese Dormein, me importa un bledo. Lo que has hecho con Volasky no tiene nombre.

—Puede ser.

* * *

Nadie dudaba que el «Colonia» iba a batir al «Wandenberg».

La trayectoria seguida por el «Colonia» había sido verdaderamente fulgurante. Había ido escalando los puestos de la clasificación, acercándose peligrosamente al líder, el «Nuremberg».

Dado por sentado que el «Nuremberg» iba a ser el campeón de la Liga, la atención del público y la emoción de los ambientes deportivos se centraba en el partido entre el «Colonia» y el «Wandenberg» que, esta vez, iba a jugarse en el campo de este segundo equipo, es decir, en «Hamburgo».

Aquella mañana largas colas se formaron en los alrededores del estadio, ya que era dificilísimo encontrar una sola entrada. La reventa funcionaba a toda marcha, pagándose precios astronómicos por una localidad. La televisión alemana que deseaba trasmitir los dos partidos al mismo tiempo, había destacado un equipo especial al estadio del «Wandenberg», al mismo tiempo que se transmitiría, en intervalos, el partido que debía jugar el líder, el «Nuremberg».

Tras el último entrenamiento reglamentario, hecho a puerta cerrada, Losser reunió a sus muchachos en el vestuario.

—En una ocasión —dijo sonriente—, hace muchísimo tiempo, os reuní cuando estábamos jugando el final del campeonato de aficionados. En aquella ocasión nos lo jugábamos todo a una sola carta. Estábamos en el umbral que iba a permitirnos penetrar en la Tercera División, luego en la Segunda y luego, en la División de Honor. No fue la suerte la que nos hizo avanzar de aquella manera,

sino el compañerismo y la compenetración que ha existido siempre entre nosotros.

Hizo una corta pausa.

—Factores con los que yo no podía contar han provocado una crisis en nuestro equipo que, afortunadamente, ha llegado a su término. No es momento ahora, os lo aseguro, de explicaros el proceso que conoceréis, seguramente, después del partido, cuando nos reunamos esta noche para celebrar el triunfo.

—Si es que ganamos —dijo el siempre bromista portero Mütter.

—No te preocupes, ganaremos. La delantera vuelve a ser la de antes y ya habéis comprobado que Volasky no ha perdido nada durante estas jornadas en las que ha estado fuera del campo. Más que nunca, muchachos, os pido todo el entusiasmo que podáis dar. No sabéis cuánto me gustaría poder deciros todo lo que os contaré esta noche. Pero ahora no quiero que penséis más que en la victoria. Como en aquella vieja reunión, quiero que deis una lección de magnífico juego y que el público vuelva a conocer al «Wandenberg» de siempre, el equipo más unido que ha existido, el conjunto en el que la deportividad pasa delante de cualquier otra cosa.

Se pasó la mano por los cabellos blancos.

—Yo no estaré con vosotros. También, a mi manera, he de jugar mi partido y pienso ganarlo. Pero, incluso desde lejos, seguiré las incidencias del encuentro y estoy seguro de que vais a proporcionarme unos momentos de gran emoción.

—Volasky —dijo después—, tú conoces la verdad de todo el asunto. Pero sé que no vas a contar nada a tus compañeros y que esperarás a que esta noche, reunidos en un sitio agradable, en un viejo lugar como es la taberna de Hans, podremos charlar, no solo de lo que ocurra en el campo, sino de lo que ocurra en otro lugar, donde vuestro viejo entrenador tendrá que batirse ferozmente para conseguir la victoria que nos devolverá la tranquilidad de espíritu que tanto necesitamos.

Se puso en pie.

—¡Cuento con vosotros, muchachos! Nos veremos después del partido. ¡Adelante!

CAPÍTULO VIII

Sentado en el inmenso salón de su casa, en un confortable sillón, frente al televisor en color, con pantalla gigante, Klaus von Dormein se disponía a seguir las incidencias del partido. Había preparado el video para grabar el encuentro y, con la caja de puros al alcance de la mano y la copa de coñac que el mayordomo le había servido, sobre una mesita adyacente, se sentía feliz y seguro, como se había sentido siempre, dotado de un poder capaz de doblegar la voluntad de cualquier otra persona.

Estaba satisfecho de sí mismo.

Cuando, un poco antes de que empezara el encuentro, el mayordomo vino a anunciarle la visita de Losser, el multimillonario frunció el ceño, pero ordenó que hicieran pasar a Ulrich. Este penetró en el salón, sonriente, haciendo caso omiso de la expresión serie y hasta disgustada que se pintaba en el rostro de Klaus von Dormein.

—¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve usted, señor Dormein. Quiero ver el partido a su lado.

—Pero, su lugar está en el foso, junto al conjunto.

—Hay algo importante que quiero contarle, señor. Vamos a ver el partido, sin sonido, charlando. Y estoy seguro de que lo que voy a decirle le interesará mil veces más que las incidencias del encuentro.

—Lo dudo.

De mala gana, Dormein ofreció un sillón a su visitante, encendiendo después un cigarro, con los ojos fijos en el televisor como si despreciara la presencia del hombre sentado a su lado.

—Usted tenía un hermano, señor Dormein. Se llamaba exactamente Ludwig von Dormein. Fue un brillante militar durante la guerra y llegó a convertirse, en 1943, en coronel de Estado mayor. ¿Es cierto?

—Sí. Pero, ¿quién le ha informado de todo eso?

—No importa. Permítame seguir.

—Desde luego.

—Usted, señor Dormein se libró de ir a la guerra por una pequeña afección cardíaca que le hizo quedarse en la retaguardia, en los servicios auxiliares, ocupándose además de la industria que su hermano había creado y que ahora es la suya. ¿Me equivoco?

—No.

—Herido en el frente ruso, su hermano, el coronel, pasó al Hospital Militar de Varsovia, donde tuvo que permanecer largos meses en convalecencia por las heridas que había recibido en la línea de fuego. Todo esto ocurría en 1943, señor Dormein. En aquel hospital donde su hermano se encontraba, había una enfermera, una hermosa muchacha llamada Ludmila Waleska.

El millonario se volvió bruscamente hacia Ulrich.

—¿Quién le ha permitido investigar en el pasado de mp familia? —inquirió con una cierta brusquedad.

—No tiene importancia. Le pido anticipadamente que me disculpe. Pero le ruego me permita proseguir…

—Continúe…

—En los primeros meses de 1939, Ludmila Waleska contrajo matrimonio con un hombre llamado Ladislaw Kromez. Era oficial del Ejército polaco y se batió valientemente, en setiembre de 1939, contra las fuerzas germanas que invadieron su país. Kromez era un hombre valiente y habiendo sido hecho prisionero, consiguió escaparse, huyendo a las montañas donde terminó formando un grupo de guerrilleros que pasó a ser uno de los más importantes núcleos de la resistencia polaca. Escondido en las zonas forestales de Polonia, Ladislaw no tuvo ocasión de acercarse a Varsovia y, por lo tanto, dejó de ver a su joven esposa durante muchísimo tiempo.

Ulrich se calló, atraído por las incidencias del partido que acababa de comenzar. Sonrió al ver el avance de su infalible delantera y, no le extrañó nada que momentos después, a un pase de Lukas, Otto fusilase materialmente al portero contrario.

Fue en aquel momento cuando la cámara, al enfocar a los jugadores de «Wandenberg» que iban hacia el centro del campo, donde se iba a sacar, apareció el polaco.

Dormein dio un salto en el sillón, volviéndose con furia hacia el entrenador.

—¿Qué significa esto? ¡Le había dado la orden de que Volasky

no formase parte de nuestro equipo! Usted me ha desobedecido, señor Losser. ¡Queda despedido!

—Por favor, señor Dormein. Cálmese. Me considero despedido, en efecto, pero no me iré de aquí sin haber terminado de contarle la historia de algo que usted ignora por completo.

El otro no dijo nada limitándose a emitir un gruñido.

—A mediados de 1943, sinceramente enamorados el uno del otro, Ludwig von Dormein y Ludmila Waleska esperaban un hijo…

—¡Eso no es verdad!

—Déjeme seguir, por favor. Su hermano, señor Dormein, tenía la intención de casarse con la joven polaca. No teniendo noticias del esposo, creyendo firmemente que había muerto en alguno de los combates que el Ejército y las SS habían tenido con los guerrilleros polacos, su hermano pensaba, lógicamente, que la joven a la que amaba se encontraba en perfecta libertad de acción.

Furioso, Klaus von Dormein oprimió el botón del mando devolviendo el sonido al aparato, ya que justamente se iniciaba una jugada interesante en el campo.

Se oyó la voz del locutor:

«De nuevo el “Wandenberg” al ataque. Otto acaba de pasar a Volasky… el extremo corre a lo largo de la banda, con esa velocidad característica que ha hecho que se llame “la gacela” del “Wandenberg”.

»Dos defensas acosan a Volasky que, en última instancia, cede a Lukas. Este pasa a Hans quien envía la pelota al extremo opuesto, Werner. Werner corre hacia la línea de córner, se vuelve, librándose de un defensa, centrando con matemática precisión sobre el marco defendido por el meta del “Colonia”. Este rechaza de puños, Lukas recoge la pelota, está rodeado por enemigos, acosado, pasa a Otto quien la cede a Volasky que lanza el esférico a las mallas».

¡Gol! ¡Gol!

Dormein apretó con rabia el botón del aparato, apagando el sonido.

Se volvió hacia Ulrich, mirándole con una luz de incredulidad en los ojos.

—No irá usted a hacerme creer que ese joven polaco es el hijo de mi hermano Ludwig, ¿verdad?

El entrenador notó que el tono de la voz del millonario temblaba

un poco; al mismo tiempo la expresión de Dormein se suavizaba un tanto.

Losser abrió la cartera que había tenido sobre las rodillas desde el principio de la entrevista, sacando unos papeles que tendió al otro.

—Aquí tiene usted la partida de nacimiento del joven Josef Volasky y el reconocimiento de paternidad, firmado ante testigos, por su hermano Ludwig. Este documento, que no pudo ser entregado a tiempo a las autoridades competentes, ya que Varsovia fue ocupada durante un cierto tiempo por las fuerzas de la Resistencia, explica por qué el joven conserva aún el nombre del primer marido de su madre.

»Para ayudar a los insurrectos de Varsovia, grupos de guerrilleros penetraron en la ciudad, y fue entonces cuando uno de ellos, Ladislaw Kromez, el marido de Ludmila, mató a su hermano al enterarse de las relaciones que tenía con su esposa.

»Pero Ladislaw no había amado nunca a Ludmila, y la abandonó con el niño, cuando tuvo que salir precipitadamente de Varsovia, al ser aplastada la rebelión por las fuerzas alemanas.

«Ludmila no volvió a verlo nunca más. Eso sí, oyó hablar de él, ya que después de la guerra se convirtió en un político importante. En cuanto le fue posible, aquella mujer salió de Polonia, instalándose en Alemania, con el único deseo de hacer que su hijo viviera y se educara en el país de su padre. Pero aquí no encontró a la familia que debía haberla acogido como ella se merecía, teniendo que luchar desesperadamente para criar al pequeño Josef, al que, de mayor, dijo toda la verdad.

—Pero —balbució Klaus, profundamente emocionado—, ¿por qué no se dirigieron a mí?

—Usted es un hombre demasiado importante, señor Dormein. Y Ludmila es una mujer con mucho orgullo.

—¡Dios mío! Pensar que siempre he creído que ese muchacho era el hijo del asesino de mi hermano.

—Pues ya ve usted que estaba equivocado.

Hubo un largo silencio. En la pantalla del televisor aparecían las últimas imágenes del triunfo del «Wandenberg», que le situaba en el segundo puesto de la clasificación.

Un brillo húmedo apareció en los ojos de Klaus mientras miraba

fijamente a su visitante.

—No merezco perdón. Estoy profundamente arrepentido de haberme dejado llevar por el estúpido deseo de una venganza que no tenía lugar. Estoy seguro que ni mi cuñada ni mi sobrino podrán perdonármelo jamás.

—Vuelve a equivocarse, señor Dormein. Ni Ludmila ni Josef, que muy pronto se llamará Dormein, ya que su madre está arreglando los papeles, saben que usted estaba actuando de este modo por un instinto de venganza. Si Ludmila no ha venido a verle antes, es, como le decía, porque es una mujer demasiado orgullosa para pedir favores a un hombre tan importante como usted.

—¡Yo iré a verlos!

—Es lo mejor que puede usted hacer. Usted, que es soltero, se ha encontrado de repente con una maravillosa familia… y especialmente con un sobrino que va a convertirse muy pronto en una de las figuras señeras del fútbol mundial.

Hizo una pausa, antes de agregar:

—Y ahora, señor Dormein, tras haber desobedecido sus instrucciones, no me queda más remedio que presentarle mi dimisión.

—¿Está usted loco? —dijo Klaus echándose a reír—. No perdamos un solo minuto. Vamos a ir ahora mismo a recoger a nuestros muchachos para celebrar, todos juntos, la maravillosa victoria que acabamos de obtener. Y si quiere usted hacerme un favor, señor Losser, mientras yo me dirijo al campo, tenga la amabilidad de ir a buscar a mi cuñada. Quiero que participe de nuestra fiesta.

Losser esbozó una sonrisa de triunfo.

—Será un placer complacerle, señor Dormein.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

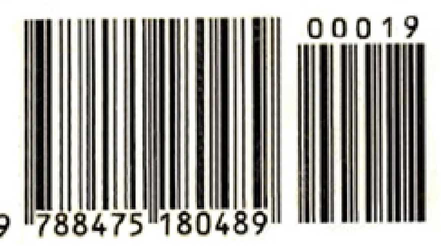
Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España